

BURTON HARE

LUNA COLOR DE SANGRE


COLECCION
LA HUELLA
eb

BURTON HARE

LUNA COLOR DE SANGRE

Colección LA HUELLA n.° 126
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 6.399- 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Ray Barton se abrió paso entre los policías de uniforme, atravesó la barrera de luz creada por los focos instalados en la oscura plazoleta y se encontró, al fin, en el centro del grupo.

Llovía. Una lluvia mortecina y mansa que calaba a los policías, sorprendidos sin sus impermeables de reglamento.

También calaba las ropas del hombre despatarrado en el suelo. La lluvia se metía en su boca abierta y en los ojos, inmensamente abiertos y fijos en las nubes.

—Bueno, ¿nadie tiene nada que decir? —Gruñó Barton, enfundado en una vieja gabardina.

Un hombre que estaba inclinado sobre el cadáver se irguió, maldiciendo porque la lluvia le había calado hasta los mismos huesos.

—¡Hola, teniente! —Gruñó—. ¿Qué quiere que le diga? Tenemos un hermoso cadáver chapoteando en esta puerca lluvia. Le han matado de un balazo. Tenemos un estupendo testigo que asegura que el asesino disparó desde una distancia increíble, aunque no pudo verlo, sólo advirtió el fogonazo. Fuera de eso, no tenemos nada más, como no sean unas ganas enormes de largarnos de aquí.

—Sargento, algún día le nombrarán comisario, sólo por su espléndida elocuencia —rezongó el teniente Barton—. ¿Alguien se ha tomado la molestia de averiguar quién es el muerto?

—Era un tal Harry Myron, de Folham Street. Eso queda muy cerca de Watts, o sea, a millas de aquí.

—Según ese testigo de que habló, sargento… ¿Desde dónde dispararon?

El empapado sargento Otis se volvió, levantó un brazo y señaló un edificio aislado que se alzaba a más de doscientos metros de

distancia.

Barton se quedó boquiabierto.

—¿Me toma el pelo? —rezongó.

Otis se rió, a pesar de su pésimo humor.

—Eso dije yo cuando el tipo declaró. Un disparo de más de doscientos metros, en una noche como ésta, y contra un hombre en movimiento, es como para darle una medalla al que lo hizo.

—Es imposible.

—También yo dije eso, pero el tipo se mantuvo firme. Jura que vio el fogonazo.

—¿Y el estampido?

—No.

—O sea, que dispararon con silenciador por si faltaba algo. No hay un tirador en todo el mundo de una hazaña semejante. Ese testigo empieza a interesarme. ¿Dónde lo tiene usted?

—En el coche patrulla.

—Luego hablaré con él. ¿Envió usted a alguien a dar un vistazo a ese edificio, de todos modos?

—Aún no. Hasta hace un momento no han llegado hombres suficientes para mantener el control, aquí.

Barton volvió a mirar la mole de cemento que se alzaba en medio de la lluvia. Había un solar convertido en improvisado aparcamiento, una calle ancha y, luego, el edificio desde el que se suponía que alguien había efectuado un disparo increíble.

Los coches, en el solar, estaban tan apretados unos a otros que más parecían amontonados.

—Pudieron disparar desde cualquiera de esos coches —dijo de pronto. Otis se encogió de hombros.

—Pudieron disparar desde cualquier lugar —gruñó—, menos desde ese condenado edificio.

—Está bien, ocúpese de la rutina. Envíe hombres a todo el barrio. Bares, cantinas, billares; que pregunten en todos los tugurios si alguien conocía a este tipo, o si era cliente asiduo, o tal vez trabajara por aquí…

—No se preocupe, teniente. Por la mañana tendrá usted el historial de esa belleza, desde la cuna hasta hoy. Y si dejara de llover haríamos un trabajo todavía mejor… ¿Sabe una cosa? Mi vieja me aconsejó que me quedara en casa esta noche. Se ofreció a

llamar diciendo que yo estaba enfermo y todo eso, ya sabe. Si yo hubiese sido más listo hubiera accedido…

—Si hubiese sido usted más listo, sargento, no estaría casado —rezongó el teniente, alejándose hacia donde estaban los coches oficiales.

En uno de ellos aguardaba el testigo, sentado en la parte posterior del vehículo. Un agente de uniforme se aburría sentado junto al volante.

Ray Barton abrió la portezuela y se coló dentro. El interior del coche estaba lleno de humo de los cigarrillos.

—Soy el teniente Barton —anunció, acomodándose al lado del hombre—. El sargento asegura que usted vio algo. Cuénteme.

—Sólo vi un fogonazo en aquella ventana, eso es todo. Oí un grito y al volverme vi caer a ese pobre hombre. Corrí hacia él y todo lo que pude hacer fue comprobar que estaba muerto.

—Vayamos por partes. ¿Qué hacía usted en la plazoleta?

—Me disponía a entrar en mi coche. Está aparcado allí. En el momento de abrir la portezuela vi aquel chispazo rojizo y oí el grito.

—¿Y fue en ese edificio, seguro?

—Sin ninguna duda. Podría jurarlo sobre la Biblia.

—¡Oiga, amigo…! A propósito, ¿cuál es su nombre?

—Jaralson.

—Está bien, señor Jaralson. Desde donde está el cadáver, hasta ese edificio donde usted cree que vio el disparo, hay más de doscientos metros. La noche es muy oscura y el hombre contra el que dispararon estaba en movimiento. Nadie puede efectuar un disparo como ése y acertar. He visto proezas entre los mejores tiradores de la policía, que se entrenan todas las semanas como diablos. Le aseguro que ninguno de esos hombres sería capaz de hacer ese disparo.

—Yo me limito a decir lo que vi.

—Quizá usted creyó que era el fogonazo de un arma…

El hombre sacudió la cabeza.

—Fue el fogonazo de un arma, teniente. Barton suspiró.

—De acuerdo, lo dejaremos así por el momento. Supongo que no había visto usted antes al hombre muerto…

—Muchas veces.

Barton casi saltó hasta el techo del vehículo.

—¿Le conocía? —exclamó.

—No, sólo lo veía.

—¿Dónde?

—En Watusy. Es una sala de billares y cervecería. Yo trabajo allí ahora, ¿sabe?

—Ya comprendo.

—Ese pobre hombre venía muy a menudo. Jugaba durante horas, y jugaba bien, muy bien. Pero no parecía ser muy comunicativo. Resultaba más bien huraño.

—¿Tenía amigos en los billares?

—No sé si serían amigos o no. Solía jugar con todo aquel que le aceptaba una partida.

—Mire, trate de redactar una lista de esos hombres que se relacionaban con él. ¿Cree que podrá hacerlo?

—De memoria no…, habré de volver al salón.

—Pues vuelva allí, confeccione esa lista lo más completa posible, y tráigala a mi despacho a primera hora de la mañana. Al mismo tiempo firmará usted una declaración y se ahorrará otro viaje.

—De acuerdo, teniente.

Jaralson abrió la portezuela y se apeó. Antes de alejarse, dijo por última vez:

—Y le aseguro que vi el fogonazo del arma, teniente.

Barton se quedó gruñendo entre dientes. Luego, se apeó y regresó junto al sargento Otis y el grupo de policías, que había aumentado con la llegada de los fotógrafos, una ambulancia y el médico forense.

Barton esperó a que el doctor se apartara del cadáver.

—Un buen disparo, ¿no le parece, doctor?

—Una obra de arte. A simple vista, casi podría jurar que le ha partido el corazón por la mitad. Y debe tratarse de un proyectil de gran calibre, a juzgar por el boquete que ha abierto… Posiblemente, de un
30-30.

Barton soltó un resoplido.

—¿Ha visto usted que un
30-30
pueda dispararse con silenciador, matasanos? Un silenciador tan

efectivo que no deja oír ni un suspiro.

—Yo soy médico, no perito en balística. Ése es problema suyo. De cualquier modo, cuando saque el proyectil sabrá usted si tengo razón o no.

Rezongando contra la lluvia, y la fea costumbre de la gente al hacerse matar a esas horas de la noche, el médico se fue disparado hacia su coche.

Tras unos minutos, Barton dio instrucciones a sus hombres, anotó las señas del muerto y se marchó también.

La casa donde había vivido aquel desgraciado no era como para echar las campanas al vuelo. El teniente la contempló con ojo crítico. Eran propiedades desvalorizadas por la proximidad del barrio negro, descuidadas, con grietas en las paredes y suciedad.

Nadie respondió a su llamada, por lo que se fue en busca del administrador, que resultó una administradora. Una mujer redonda como un globo, y casi tan voluminosa, también.

—¿Harry Myron? —Gruñó—. ¿Y a mí qué me cuenta? No veo una sola razón por la que me haya sacado de la cama a estas horas por muy polizonte que usted sea.

—Hay una razón. Alguien le ha pegado un tiro a su inquilino. ¿Qué le parece?

—¿Al señor Myron?

—Al señor Myron.

La mujer sacudió la cabeza.

—Lástima. Era una buena persona… No se metía con nadie…

—¿Qué tal andaba de dinero?

—Pagaba regularmente el alquiler.

—¿Eso es todo lo que sabe de él?

—Bueno…, no trabajaba. Por lo menos, no tenía un empleo regular. Salía a las horas más inesperadas, y a veces no regresaba hasta la madrugada. No despilfarraba un centavo, desde luego, pero tampoco tenía dificultades económicas, a mi entender.

—¿Desde cuándo vivía aquí?

—¡Oh, hace ya tres años! Hasta hace un año o así estuvo empleado en algún lugar de Bay City. Entonces tenía coche. Se iba por las mañanas y regresaba a la noche. Luego, lo dejó y ya le digo…

—En Bay City, ¿eh?

—Oiga, teniente, ¿quiere una taza de café? Ya que me ha desvelado…

—No, gracias. Todo lo que deseo es dar un vistazo al apartamento de Myron.

—Claro… Le daré una llave.

Barton se fue a la que fuera vivienda de aquel hombre aficionado al billar y tras un vistazo a los tristes muebles, a las alfombras raídas y a los detalles de desidia y abandono, inició un registro rutinario.

La rutina se rompió por dos motivos.

El primero, fue un libro de cheques. El muerto había llevado bien sus cuentas, con todo detalle. Según aquellas anotaciones, en la cuenta del señor Myron había en el momento de su muerte, un saldo de trescientos ochenta y siete mil dólares.

Ray Barton silbó entre dientes, estupefacto.

El segundo motivo por el cual la rutina se hizo añicos, fue la muchacha.

La vio, al abrir una puerta que comunicaba con un dormitorio más bien descuidado.

Ella estaba desnuda, tendida de través sobre la cama y, sin la menor sombra de duda, era la mujer más bella de cuantas el teniente recordaba haber visto en su vida.

Por lo menos, de cuantas viera desnudas alguna vez.

Tenía unas piernas largas, de trazos suaves y firmes. No eran firmes, tampoco, sus pechos juveniles que se alzaban con el suave compás de su respiración, ni sus caderas que tenían las proporciones justas para no ser ampulosas y, sin embargo, crear el equilibrio justo para la plenitud de aquel cuerpo perfecto.

Una larga cabellera negra, desparramada sobre la almohada que casi colgaba fuera de la cama, rodeaba un rostro exótico, de pómulos altos y labios que eran un estallido rojo y atrayente con la fuerza de un abismo.

Asombrado, Barton quedóse clavado en el umbral, sin poder apartar la mirada de aquel espectáculo extraído de algún cuento erótico.

Comenzaba a notar un excitado cosquilleo en todos sus miembros, cuando ella se removió, abrió los ojos y se quedó mirándole.

—¡Hola! —Runruneó—. ¿Dónde demonios estuviste? Me cansé de esperar.

—Bueno, este…

—Ven aquí, cariño. Ponte cómodo.

—De eso sí que puedes estar segura.

—Entonces, acércate, querido. Te aseguro que no muerdo…

El fue a sentarse en la cama. Deseaba desentrañar el misterio que aquella mujer representaba.

Ella no le dio tiempo. Se echó sobre él, estrelló los labios contra su boca y sus brazos se enroscaron como serpientes, y por primera vez en su vida Ray Barton, teniente de Homicidios, se encontró flotando en una dimensión donde parecían rugir las llamas de un volcán del que hasta entonces no hubiera tenido conocimiento…

CAPÍTULO II

Se apartó jadeando, con la sangre alborotada y los nervios a punto de ruptura.

—¡Ya está bien, tigresa! —bufó—. ¿Qué demonios de juego te traes entre manos?

—Acabo de darte una muestra —rió la chica—. Si he de decirte la verdad, pensé que la cosa sería más desagradable… No te imaginaba así, cariño. La verdad es que me gustas mucho. ¡Cuernos! Eres todo un tipo, de veras. Un buen pedazo de hombre.

—Nada de pedazos. Estoy hecho de una pieza.

—Vuelve a sentarte aquí y convénceme.

—¡Al diablo con eso! ¿De qué manicomio has escapado?

—Si me has mirado bien, y estoy segura que sí, ya puedes darte cuenta de que no me dejarían escapar así como así de ningún sitio.

—¿Qué te parece, si hablamos en serio?

—Muy bien, empieza.

—Vístete primero. Así como estás es imposible coordinar las ideas.

Ella se pasó las manos sensualmente por las caderas y acabó sentándose en el borde del lecho.

—Me tienes miedo —runruneó—. Todo un hombrón como tú y tienes miedo de una indefensa muchacha…

—¡Indefensa, un cuerno! ¿Quieres ponerte algo encima, de una maldita vez?

—Bueno…, me envolveré en la sábana Después de todo, para volver a desnudarse dentro de un rato no vale la pena tomarse demasiadas molestias…

Barton empezó a preocuparse. Hasta entonces, nunca había tenido que habérselas con una ninfomaníaca esquizofrénica.

Pero la chica se envolvió a medias en una sábana y recostándose en la almohada se quedó mirando al teniente con aquella expresión voraz que relampagueaba en sus ojos.

—Ahora vayamos por partes. ¿Cómo has entrado aquí?

—Me dieron una llave.

—¿Quién?

—Eso no importa. Me dieron la llave y las instrucciones.

—Ahora empezamos a llegar a alguna parte. ¿Qué instrucciones?

—Lo más estupendo del mundo. Tú y yo vamos a conocernos a fondo. Muy a fondo, corazón. Tenemos veinte mil dólares para hacer un fantástico viaje a las Bahamas. ¿No te parece maravilloso?

—Ya lo creo. Y todo eso, ¿por qué?

—Regístrame.

—Me gustaría hacerlo, pero la cosa podría resultar un tanto violenta… Hablemos en serio, por favor. ¿A qué obedece ese ofrecimiento? Nadie regala veinte mil dólares y una chica como tú, de propina.

—Eso no me lo dijeron. Yo sólo tenía que venir aquí seducirte y hacerte la proposición. De modo que tú y yo nos iremos a las Bahamas en un avión que sale a las nueve y quince de la mañana, nos tostaremos al sol, comeremos y beberemos como potentados, y nos haremos el amor bajo el sol más hermoso del mundo. Si eso no te parece maravilloso, querido, es que algo no funciona bien en tus hormonas masculinas. Barton tragó saliva.

—Mis hormonas funcionan de maravilla —rezongó, más desconcertado a cada momento—. Si he entendido bien, alguien te envió para convencerme de que hiciera ese viaje a las Bahamas, con gastos pagados.

—Exacto. Pagados con veinte mil dólares que están en ese bolso —dijo, señalándolo—. Y yo iré contigo, y si eso no es una proposición maravillosa ya me dirás lo que es.

Barton encendió un cigarrillo y dio unos pasos de un lado a otro.

—Todo eso —gruñó—, tienes que ofrecérmelo a mí…

—A Harry Myron en persona. ¡Maldita sea! Yo imaginaba un tipejo escuchimizado, un medio hombre como los que una encuentra todos los días, y me encuentro con un saco de músculos estupendo… Porque tú debes ser fuerte como un toro, ¿eh?

—Nunca me valoraron como semental en todo caso. Ella se echó

a reír.

—Bueno, ya hemos hablado todo lo que había que hablar. Ahora, ven aquí y aprovechemos lo que queda de noche. Te ayudaré a preparar una maleta en cuanto amanezca, con tiempo para llegar al aeropuerto.

—Antes quiero saber quién demonios te dio ese dinero y esas instrucciones. Eso me tiene intrigado.

La muchacha sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nones —dijo—. De eso nada, querido.

—¿Por qué no?

—Ordenes.

—¿De quién?

—Estamos en las mismas. ¿A ti qué más te da quién sea el pagano?

—Tú no tienes cara de tonta.

—Ni el cuerpo tampoco. ¿O no me has mirado antes?

—Quiero decir que forzosamente debes haber comprendido que alguien, sea quien sea, trata de apartar a Harry Mirón de la circulación.

—¡Oh, bueno, eso no me preocupa!

—A mí sí.

—¿Es que vamos a perder toda la noche?

—Vístete, nena. Y eso es una orden.

—¡Qué cosas! No he admitido nunca órdenes ni de mi padre, que dicho sea de paso, era un sucio borracho. Por eso me largué de casa a los dieciséis años.

—Te dije antes que alguien quiere apartar a Harry Myron de la circulación.

—¿Y qué?

—Ese alguien debió pensar que tú fracasarías, porque lo apartó de otro modo.

—No veo cómo, si estás aquí.

—Harry Myron está muerto. A estas horas debe haber llegado ya a la Morgue. Ella le miró boquiabierta.

—Eso es idiota —bufó—. Tú no puedes estar en dos lugares distintos a la vez. Además, estás vivo.

—Yo sí. Harry Myron, no.

Por primera vez, ella comenzó a comprender y casi brincó fuera

de la cama.

—¿Quieres decir que tú…?

Su voz se quebró con una nota aguda.

—¡Ajá! Yo soy el teniente Barton, del Departamento de Homicidios de la ciudad de Los Ángeles. ¿Qué te parece?

—¡Madre mía, en la que me he metido! De modo que todo un polizonte…

—Y ahora, vístete.

—Bueno, no puedes detenerme… Si fueras de la Brida de Costumbres aún… pero…

—Ya veremos lo que hago contigo, pero de cualquier modo vas a pasarlo mal, a menos que decidas colaborar.

—¡Qué perra suerte…!

Con un gesto rabioso tiró la sábana a un lado y se levantó. Barton notó que su pulso volvía a acelerarse, que le faltaba aire para respirar y, finalmente, desvió la mirada del increíble espectáculo que ella le ofrecía sin inhibición alguna.

Atrapó sus prendas íntimas a zarpazos y comenzó a ponérselas sin dejar de refunfuñar contra su mala estrella.

—¡Tropezar con un polizonte! Me gustaría saber con qué pie me he levantado por la mañana… Oye, teniente, ¿no podríamos llegar a un acuerdo? No estoy tan mal después de todo, y tú no debes tener muchas oportunidades…

—Cierra la boca o te la cierro de un tortazo. Te ofreces como quien invita a uno cualquiera a tomar café.

—No te ofrezco nada que no sea mío.

—¡Acaba ya, nena! A propósito, ¿cómo te llamas?

—Nera Polack.

—Muy bien, Nera. Te llevaré a mi despacho y después es posible que te proporcionen una temporada de descanso.

—Pero ¿por qué, hombre? No hice nada… sólo aceptar una proposición de pasarlo bien.

—Estás mezclada en un asesinato. Tú verás cómo sales del lío.

Ella se inmovilizó a mitad de un movimiento, cuando estaba luchando por abrochar los sujetadores a la espalda.

—¿Que yo…? ¡Espera un minuto, polizonte! Yo no sé nada de ningún asesinato.

—Ya lo veremos. ¡Y apresúrate!

—Me pusiste nerviosa. Ayúdame a abrochar este condenado chisme.

Barton boqueó, incapaz de emitir la protesta que pugnaba por escapar de sus labios. Luego, sus torpes dedos la emprendieron con el complicado cierre. La proximidad de aquel cuerpo espléndido le llenó de calor.

Para acabar de estropear la situación, Nera se apretó contra él y echó la cabeza atrás, mirándole desafiante en una postura provocativa como el infierno.

—¿No sientes nada por mí, polizonte, de veras…?

El la apartó de un empujón para librarse así de la tentación. Con el movimiento brusco, el sujetador cayó.

—¡Condenación! —bufó el teniente—. Ponte el vestido y acabemos, o te llevo como estás.

—¡No quiero que me lleves a ninguna parte!

—Entonces, dime quién te dio el dinero para engatusar a Myron. Ella le miró echando chispas.

—¿Me dejarás en paz si te lo digo?

—Es posible.

—¡Nada de posible! Sí o no, y que me condene si no te obligo después a cumplir lo que prometas.

—Está bien, no te detendré si hablas.

Suspiró. Por fin consiguió abrochar el sujetador y pasándose el vestido por la cabeza se lo ajustó voluptuosamente a lo largo de las caderas.

—Fue el doctor
O'Brien.

Barton no había esperado eso.

—¿Un médico? —exclamó—. ¿Quieres burlarte de mí?

—Quiero que me dejes en paz. Fue el doctor
O'Brien.

—Si mientes vas a pasarlo fatal, Nera.

—¿Te importaría irte al demonio, querido? Te emperras en que te diga el nombre de ese tipo, y cuando lo hago empiezas a poner pegas. ¿Qué esperas entonces, que te nombre a tu papá?

—Tómalo con calma. ¿Quién es ese doctor y dónde vive?

—Es un vejestorio libidinoso. Nunca consigue nada de las chicas, pero le saltan los ojos de la cara cuando nos mira… paga sólo por

eso.

—¿Está chiflado, es eso lo que insinúas?

—Nada de chiflado. Sólo tiene una debilidad. El resopló.

—Dime dónde vive.

—En el nueve seis de Second Drive, en Bay City.

—De modo que en Bay City…

—Yo también vivo allí.

—Dame tus señas y acabemos.

—Comparto un *bungalow* con otra chica en Regent Place. El número ciento cincuenta y seis.

Barton tomó nota de ambas direcciones.

—¿De qué conoces a ese médico libidinoso, según tus propias palabras, te acuestas con él?

Ella sacudió la cabeza.

—Yo selecciono a mis clientes, querido. Sólo me mira. Desnuda, claro.

—No lo entiendo.

—El pobrecillo es feliz así.

—Si realmente se trata de un médico, podría haberse curado a sí mismo esa estupidez.

—Ningún médico puede curar la senectud.

—Me asombras con tu manera de expresarte, Nera, Debería encerrarte una temporada, sólo para que te volvieras un poco más decente.

—¡No me digas! No he conocido nunca ninguna chica que haya estado en chirona y que saliera más decente de lo que entró. Más bien fue al revés.

Barton no replicó. Estaba confundido, porque nada parecía ser como debiera.

—Puedes largarte —rezongó al fin—. Pero volveré a verte si necesito que declares contra ese médico pervertido.

—¿Cómo que pervertido? Tú no entiendes nada de nada, polizonte. Lo malo es que tampoco quieres aprender, porque yo podría darte algunas lecciones sobre el particular que…

—¡Largo de aquí!

—Bueno, bueno.

Se fue hacia la puerta contoneándose. Cuando la perdió de vista, Barton se aflojó el nudo de la corbata y trató de serenarse. Aquella

chica era un auténtico impacto.

Más nervioso que de costumbre, acabó el somero registro y regresó a su oficina con la mente hecha un lío…

CAPÍTULO III

—Encontramos un casquillo, teniente. Y nada menos que al pie de aquella ventana que indicó nuestro testigo. Sólo que es un casquillo muy raro.

—¿Qué tiene de raro, sargento? Otis suspiró.

—Calibre 22.

Barton soltó un sonoro juramento.

—Con una carabina del 22, nadie puede disparar a esa distancia y menos matar a un hombre. ¿Qué clase de broma es ésta, puede decírmelo?

—Aún no he terminado…

—¡Pues acabe de una vez! ¿Cree que no tengo otra cosa que hacer, que escuchar su ingeniosa elocuencia?

El sargento Otis no se impresionó por el estallido. Con la misma voz calmosa prosiguió:

—La cápsula es de calibre 22, ciertamente, pero de fabricación especial… Tan especial, que nunca había visto otra igual. Debió contener doble cantidad de pólvora a juzgar por su longitud.

Barton se quedó boquiabierto.

—¡Maldita sea! Un arma especial, de fabricación casera.

—¿Tan precisa como para efectuar ese disparo? Además, se necesitaría un tirador de una precisión escalofriante. He hablado con nuestros fusileros especiales. Ya sabe que son capaces de meter una bala en un centavo, a cien metros. Bueno, ninguno sería capaz de hacer ese disparo en las condiciones en que fue hecho.

—Envíeme el informe de balística tan pronto lo reciba. ¿Qué sabe del hombre muerto?

—Era un solitario, por lo visto. Nada de amistades en el distrito donde encontró la muerte. Frecuentaba un salón de billares,

siempre por la noche o a última hora de la tarde. Fuera de eso, nadie le conocía. ¿Tuvo usted mejor suerte en su domicilio?

—En parte… Ese individuo tenía unos saneados ahorros, sargento. Trescientos ochenta y siete mil dólares.

Otis respingó.

—¡Cristo! ¿De dónde sacaría tanto dinero?

—No lo sé. Busque en la guía telefónica de Bay City y compruebe si existe allí un tal doctor
O'Brien.

Minutos después tenía la respuesta.

—No hay ningún médico de ese nombre. Barton sonrió.

—Ya lo imaginaba. Ocúpese de esto durante mi ausencia. Voy a dar un paseo hasta Bay City.

Se largó a escape dejando al sargento tan sorprendido como intrigado.

Bay City se desperezaba bajo el sol del amanecer cuando Ray Barton condujo el coche por el distrito residencial, desde el que se distinguía la inmensidad azul del mar, que también despertaba con suspiros de espuma sobre la playa.

Second Drive era una avenida que serpenteaba sobre una ligera ondulación del terreno. Cada una de las residencias que salpicaban aquel distrito no costaba menos de lo que Barton ganaría en toda su vida, contando aumentos, años de servicio, premios y revalorización de la moneda.

Un tanto acomplejado, el teniente detuvo su coche delante del número 96.

Para no desentonar, la casa era de una magnificencia impresionante. Un inmenso prado de césped, húmedo aún de rocío, se extendía desde la acera hasta la edificación, blanca y gris, que se alzaba al fondo.

Barton caminó por el sendero. Antes de llegar a la casa descubrió un garaje abierto en el que había dos coches. Un «Cadillac» blanco del último modelo, y un impresionante «Lincoln Continental» digno de un presidente.

Casi llegaba a la puerta, cuando una voz de mujer le increpó a sus espaldas.

—¿Adónde cree que va a estas horas?

Se volvió. La mujer avanzaba por el sendero a grandes zancadas.

Ella repitió:

—¿Adónde va?

—Busco al doctor O'Brien.

—¿A estas horas de la mañana?

—Vengo de Los Ángeles, de modo que el primer fastidiado por lo temprano de la hora soy yo. ¿Vive aquí ese doctor O'Brien?

—Debe estar durmiendo todavía.

—Le despertaré.

—Nada de eso, amigo. Es muy estricto en sus costumbres. Ni siquiera a mí me permite llamarle antes de las nueve de la mañana.

—¿Trabaja usted con él?

—Yo diría que sí. Y a todo eso, ¿quién es usted? Barton echó mano de su credencial.

—Teniente Barton, de Los Ángeles.

—¿Policía?

—Eso parece, ¿eh, señora? Ella suspiró.

—No había vuelto a ver polizontes por aquí desde que el doctor se retiró, ya hace años.

—¿Quiere decir que durante su vida profesional solía atraer la atención de la policía?

—No ponga en mi boca palabra que no he pronunciado, teniente. El doctor O'Brien era médico forense. El mejor que hubo nunca en la ciudad, no vaya usted a creer… Le ofrecieron un gran homenaje cuando se retiró.

—Claro, claro…

La mujer buscó en el bolso hasta encontrar una llave. Abrió la puerta y ambos entraron.

—Habrá de esperar usted hasta las nueve, teniente —sentenció la sirvienta, sin rodeos—. Si quiere hacerlo en la salita, le serviré café entretanto.

—¿Para qué tanta molestia? Puedo tomar el café en la cocina, con usted. ¿O hay otros sirvientes en la casa?

—Ahora no. El doctor detesta la presencia de extraños. Teníamos una chica hasta hace poco, pero se marchó y, de momento, estoy sola. Me llamo Mildred, ¿sabe?

—Está bien, Mildred. Vamos a por el café si le parece.

Se instaló en la cocina, espaciosa y clara. A través de un enorme ventanal podía contemplarse el jardín posterior, tan bien cuidado como todo lo demás.

Mientras la mujer preparaba el café, Barton volvió al tema que le interesaba.

—Me ha sorprendido lo que dijo usted antes, respecto al homenaje que ofrecieron al doctor cuando se retiró… Por regla general, la gente no aprecia todo el servicio que un médico forense brinda a la sociedad.

—En el caso del doctor O’Brien, sí supieron apreciarlo. Bueno, además tenía su propia consulta, naturalmente. Y una sala en el hospital. Muchos otros médicos aprendieron de él en aquellos años.

—Debió crearse una gran reputación.

—Y usted que lo diga, teniente. Mientras ejerció fue una auténtica institución en esta ciudad. Puede preguntar a quien quiera y todos le dirán lo mismo. Nunca hubo otro médico como él en Bay City.

—Me gustará conocerlo… ¿Es viudo, o nunca se casó?

—No quiso casarse nunca, ¿sabe usted? Dedicó su vida a su ciencia.

Barton lo dejó correr. Tomó el excelente café y luego se dedicó a fumar un par de cigarrillos.

Entretanto, la señora Mildred estuvo muy atareada preparando el desayuno de su admirado patrón.

Eran exactamente las nueve menos dos minutos cuando ella le guió hasta un hermoso despacho-biblioteca, donde le indicó que esperase.

Barton lo dejó correr. Tomó el excelente café y luego tos libros como abarrotaban las estanterías.

Luego, inesperadamente, oyó un agudo alarido que le puso los pelos de punta.

De un salto estuvo en la puerta. Sobre su cabeza, el aullido se repitió, y tras esto sonó el golpe de un cuerpo al caer al suelo.

Subió las escaleras como si volara. Se encontró con dos pasillos y con un vistazo descubrió la mujer caída en el de la izquierda,

delante de una puerta abierta.

El teniente examinó primero a la mujer, comprobando que respiraba de modo entrecortado. Estaba solo desmayada.

Luego se asomó a la puerta, que comunicaba con un confortable dormitorio.

El doctor O’Brien no volvería a certificar jamás ninguna muerte, como no fuera la suya propia.

Yacía a los pies de la cama, vestido con un afilagranado pijama de seda negra con extraños dragones chinos, bordados en oro. En medio de la frente tenía el orificio de una bala que apenas había sangrado.

Barton se dio a todos los diablos.

Sólo que con eso no llegaba a ninguna parte. Fue hacia el teléfono y, con profundo disgusto, llamó a la policía de Bay City.

CAPÍTULO IV

Nera llegó al *bungalow* con las primeras luces del alba. Durante todo el tiempo desde que dejara a Barton en aquel apartamento, su única preocupación habían sido los veinte mil dólares que llevaba en el bolso.

Debería devolvérselos al doctor y esa idea no la llenaba de entusiasmo, precisamente. Veinte mil dólares eran mucho más dinero del que ella viera junto en todos los días de su vida. Y si había fallado en el encargo que el médico le hiciera, no había sido por su culpa.

De modo que, cuando introdujo la llave en la cerradura había llegado a la conclusión de que, por lo menos una parte de la pequeña fortuna, le pertenecía.

Habría que discutir con el doctor
O’Brien
sobre el particular.

Cerró la puerta y suspiró. Había sido una noche endiablada. ¡Mira que tropezarse, precisamente, con un oficial de policía! Y la escenita que había representado era todo un poema. Sintió ganas de echarse a reír.

Caminó casi a tientas, rumbo a su dormitorio. No sabía si Janny estaría en casa o no. Janny solía tener muchas oportunidades de pasar las noches en agradable compañía y, en ocasiones, pasaban días y días sin que ambas coincidieran una sola noche.

Su dormitorio estaba a oscuras y ella encendió la luz. Arrojó el bolso sobre la cómoda, y entonces descubrió al hombre hundido en una butaca. Contuvo el aliento, sobresaltada.

El sonrió.

—¡Hola! —dijo tranquilamente—. Me dormí esperándote.

—¡Vaya cara dura, amigo! ¿Qué demonios está haciendo aquí? El se levantó, desperezándose.

—Ya te lo dije; esperarte.

—¿Para qué?

—Ésta sí que es una pregunta perfectamente inútil.

—Inútil o no, no estoy de humor para los acertijos.

—El doctor
O'Brien
me dijo que eras una maravilla de chica y quiero comprobar si es cierto. También dijo que serías muy complaciente conmigo, sabiendo que era él quien me enviaba.

—Entiendo.

Miró mejor al intruso. Era un individuo de unos treinta años, delgado y de aspecto sano. No obstante, había algo en él que no le gustó. Tal vez fuera la extraña rigidez de su rostro. Ni siquiera cuando sonreía podía borrar esa rigidez, una suerte de crispación en unas facciones ya duras de por sí. Tampoco sus ojos sonreían en absoluto. Eran fríos y agudos y la miraban de un modo que daba grima.

—¿Cómo te llamas? —suspiró al fin, resignada.

—¿Importan los nombres? Bueno, puedes llamarme Johnny.

—Cualquier nombre es bueno para ocultar el verdadero. Voy a preparar algo de beber. Estoy seca.

—Espera…

—Es sólo un minuto. Y a propósito, Johnny, o como te llames. ¿Cómo entraste aquí?

—Por la puerta, naturalmente.

—La puerta suele estar cerrada con llave. El se encogió de hombros.

—Estaba abierta cuando llegué —dijo, tranquilamente.

—Maldito si te creo una sola palabra. ¿Sabes qué te digo, amiguito? Lárgate de aquí. Si quieres tener una sesión conmigo habrá de ser otro día.

Se dirigió a la puerta del dormitorio y fue recta a la cocina. Sacó hielo del refrigerador y cuando se volvió, Johnny estaba en el umbral mirándola con aquellos ojos suyos que daban grima.

—Será ahora, nena —dijo con voz suave—. Desnúdate.

—¡Con un demonio! Yo sólo me acuesto cuando y con quien me

da la gana.

—Tu amiga dijo lo mismo.

—¿Mi…? Ya veo. Fue Janny quien te abrió la puerta.

—Claro. Tampoco quiso acostarse conmigo.

Volvió a reír de aquel modo extraño. Una risa de chacal que empezó a inquietar a la muchacha.

—Mira, Johnny, sé bueno y vuelve otro día —contemporizó—. Estoy rendida y no sabría qué hacer contigo. Otro día todo será distinto.

—No puede ser.

—Pero ¿por qué?

—Ve y pregúntale a tu amiga. Está en su dormitorio. Nera arrugó el ceño.

—Empiezas a preocuparme —refunfuñó.

Atrapó una botella y vertió *whisky* sobre el hielo, que tintineó dentro del vaso. Bebió un sorbo, dejó el vaso sobre la mesa de la cocina y se dirigió resueltamente al dormitorio de su amiga.

Abrió la puerta resueltamente. Estaba oscuro y susurró:

—¿Janny?

No hubo respuesta. Encendió la luz y vio el charco de sangre junto a la cama, y el cuerpo desnudo de Janny tirado allí, como una muñeca rota.

Debajo del seno izquierdo, una herida de bala había sangrado hasta dejar el color de la piel tan blanco como la harina.

Nera dejó escapar un sordo quejido y se volvió, rabiosa.

Vio a Johnny plantado tras ella, sosteniendo una extraña pistola en la mano. Parecía un juguete.

—¡Tú, puerco asesino! —barbotó la muchacha.

—Lo siento —dijo él, sin que su expresión variara en absoluto—. Por lo visto, ésta no es mi noche. De dos mujeres estupendas, no he podido acostarme con ninguna.

—¡Espera!

El apretó el gatillo. La pistola no emitió ni un susurro, pero el proyectil golpeó a Nera en el pecho y la arrojó de espaldas sobre el charco de sangre.

El dio unos pasos y la miró, tan tranquilo como si estuviera en una reunión social. Vio que Nera aún se estremecía y chascó la lengua, disgustado. Bajó el cañón de aquel mortífero juguete y

disparó una vez más.

Nera dio un pequeño salto sobre la espalda y luego quedó inerte.

El asesino se guardó la extraña arma, apagó la luz y regresó a la cocina. Dio una mirada en su torno. Sacó un pañuelo y, protegiéndose la mano con él, tomó el vaso que la muchacha había preparado, vaciándolo de un trago.

Apagó, también, la luz de la cocina y abandonó la casa en un amanecer gris y sombrío como un sudario. No podía esperar mejor día para que entonara con los dos cadáveres que dejaba atrás.

Caminó un trecho completamente tranquilo. En la tercera esquina subió a un «Ford» negro y despegándolo de la acera condujo con pericia y cuidado hacia la salida de Bay City.

Pronto se mezcló en la riada de coches mañaneros. Un ejecutivo más que iniciaba su jornada.

Sólo que él era un ejecutivo muy especial, más bien un ejecutor, y su jornada acababa de terminar, justamente…

Capítulo V

Ray Barton detuvo el coche junto a la acera. A su lado, el teniente Holker, de la policía de Bay City, gruñó:

—Ésta es la casa, pero no creo que esa mujer haya regresado aún.

—Ella me dio esa dirección. Si aún no ha vuelto, la esperaré. Es la única pista que tenemos en el caso del doctor
O'Brien,
pero para mí es algo más. Ahora necesito exprimirla más a fondo de lo que hice cuando tuve oportunidad.

Holker se encogió de hombros.

—Vamos allá —dijo, apeándose.

Los dos se dirigieron al pequeño *bungalow*.

La puerta no estaba cerrada, y en el porche había tres botellas de leche, llenas. Los dos policías cambiaron una mirada, Holker gruñó:

—Si salieron, me gustaría saber por qué no entraron primero la leche.

Barton pulsó el timbre. No obtuvo ningún resultado y con un juramento entró en la casa.

—¡Nera! —llamó a gritos—. ¿Hay alguien aquí?

Holker le apartó, internándose resueltamente en la casa.

Barton olisqueó el aire como un perro de muestra. En la atmósfera de aquella estancia flotaba aún la ligera sombra de un aroma que le recordó el que se desprendía del maravilloso cuerpo de Nera.

Avanzó con cierta cautela. Luego, oyó la rotunda exclamación de su colega y apresuró el paso.

La visión de los dos cadáveres tumbados en el dormitorio le dejó

helado, sin aliento.

—Nera… —musitó, estremeciéndose.

—¿Cuál es la que usted conocía?

—Ésa…

Se acercó a los cadáveres procurando no pisar el lago de sangre que encharcaba el suelo. Sus ojos experimentados escrutaron todos los detalles de aquellas muertes insensatas.

El teniente Holker maldijo en voz alta.

—Toda esta carnicería —refunfuñó—, nos va a complicar la vida hasta el delirio. Aquí no suelen suceder estas cosas, Barton.

—Suceden en todas partes… Fíjate en los orificios de las balas, Holker.

—Un arma pequeña. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Tan pequeña, que debe parecer un juguete.

—De cualquier modo, no se necesitaba más para matarlas. Quienquiera que sea el que disparó, es un tirador de primera. Incluso a corta distancia, esos disparos son de maestro.

—Pues no vio usted el regalo que nos hicieron en Los Ángeles… De todos modos, el asesino no tiene nervios, eso es seguro.

—Voy a telefonear a mi gente…

Barton dio una última mirada de Nera y sintió que algo se retorcía dentro de él, como si una garra le estrujara el pecho.

Rechinando los dientes, abandonó el dormitorio y mientras oía la voz de su colega en el teléfono abrió una puerta y atisbo otro dormitorio.

Sobre la cómoda había un bolso que él conocía bien.

Lo tomó con cierto recelo y, abriéndolo, vio el fajo de billetes, sobre todo lo demás que contenía.

Holker le sorprendió contándolos.

—No ganaría usted más en las carreras de pencos —dijo, sombrío—. ¿Estaban en el bolso?

—Sí, es el que llevaba la muchacha. Veinte mil dólares.

—¿No hay modo de seguirles la pista?

—No. Son viejos.

—Y según usted, procedían del doctor
O'Brien…

—Ella lo aseguró. Y en vista de lo sucedido, Holker, ahora estoy seguro que dijo la verdad.

—Me resisto a creerlo. El doctor
O’Brien
era el hombre más respetable de la comunidad. Aquí se conoce la mayoría de la gente, no es como en Los Ángeles… sobre todo, las personas que sobresalen de la vulgaridad por algún motivo.
O’Brien
era todo un caballero.

Barton gruñó, disgustado:

—Yo no opino igual, Holker. Había algo turbio en el pasado de ese médico. Algo que le relaciona con un individuo llamado Harry Myron. Cuando encuentren ustedes esa relación, habremos adelantado un gran paso.

—Ya veremos.

—Lo que realmente me preocupa es la clase de jugada que está en marcha… purgue debe tratarse de algo muy grave cuando ya ha costado cuatro muertes. Cuatro asesinatos en dos días…

—Son muchos asesinatos, estamos de acuerdo.

—Y lo peor es que no podemos saber si habrán más, si ese condenado matarife volverá a matar.

* * *

El *condenado matarife* descolgó el teléfono y después de discar un número esperó, oyendo el monótono zumbido del aparato al otro extremo de la línea.

No obtuvo respuesta. Sin dar muestras de impaciencia, colgó y fue a prepararse una bebida fría.

Por la ventana contempló la lluvia que volvía a caer, espesa como un manto, desdibujando el paisaje urbano como en un cuadro surrealista.

Cuando terminó la bebida encendió un cigarrillo, consultó la hora y volvió al teléfono. Esta vez tuvo mejor fortuna. Descolgaron al tercer timbrazo.

—Aquí Johnny —anunció.

—¿Y bien?

—Era como yo suponía. El viejo perdió la cabeza.

—¿Y…?

—Ahora la ha perdido definitivamente.

—Está bien.

—¿No hay ningún cambio?

—En absoluto. Será a la hora fijada.

—¿En el hotel?

—Sí.

La voz de su comunicante era metálica, desagradable y tan falsa como una moneda de plomo. Eso a Johnny no le importaba. Para él, aquella voz era un simple contacto, una sencilla fuente de información.

Se disponía a despedirse con la misma sequedad que su comunicante, cuando éste dijo:

—Recuerde; tiene que ser hecho tal como convinimos. ¿Lo ha pensado bien?

—Hasta el más mínimo detalle.

—Espero que no fracase usted.

—Yo no fallo nunca.

—Eso espero —remachó la voz. Luego, colgó.

Johnny hizo lo mismo. Fue a llenarse otro vaso, y, con él en la mano, fue a sentarse en un amplio diván salpicado de almohadones.

Estuvo reflexionando un buen rato, revisando mentalmente el complicado plan que se había trazado.

Cuando el reloj señalaba las doce y quince minutos del mediodía, volvió a descolgar el teléfono y marcó otro número.

Una voz respondió casi al instante:

—¿Quién…?

—Johnny.

—¡Oh, hola, Johnny!

—¿Cómo va el trabajo?

—Mal. Realicé unas pruebas y no me satisfizo.

—Tiene que funcionar. Estuve estudiando muy bien ese chisme.

—Una cosa es la teoría y otra distinta la práctica.

—¿Qué dificultades encuentra?

—El cañón.

—¿Qué pasa con él?

—Es demasiado corto para la carga del cartucho que usted diseñó.

—Ya veo…

—¿Puede alargarse?

—Sólo si no hay otra solución. Y, en todo caso, el mínimo

posible.

—Solución, no hay otra. A menos de disminuir la carga del cartucho haciéndolo más pequeño.

—Imposible. Será un disparo de unos trescientos metros. Un único disparo.

—¿Trescientos metros, con un arma semejante? Usted está chiflado, amigo. Necesitaría el cañón de un
30-30
por lo menos.

—Olvídelo, Tiene que ser como yo lo diseñé.

—Haré lo que pueda, pero ese disparo jamás dará en el blanco. Sonó un brusco chasquido y la comunicación se cortó.

Johnny fue a la mesa y tomando unos papeles comenzó a realizar unos complicados cálculos, así como esquemáticos dibujos que sólo él comprendía.

Cuando terminó, quemó los papeles y tiró las cenizas por el desagüe del lavabo.

Volvió a tumbarse en el diván, cada vez más seguro de sí mismo. Imaginó a los policías volviéndose locos en busca de tina pista que no existía. Luego, pensó en las dos muchachas asesinadas pocas horas antes.

Había sido una lástima no aprovechar la oportunidad con ellas. Cada una en su estilo, eran auténticas bellezas.

Sintiéndose súbitamente tenso e inquieto, se levantó y tras consultar una diminuta agenda, discó un número al teléfono.

Esperó hasta oír una voz de mujer.

—¿Laurie? —preguntó.

—Sí.

—Aquí, Johnny.

—¿Cómo estás, querido?

—Muy solo.

—Eso tiene fácil arreglo —rió la muchacha.

—Por eso te llamo.

Colgó sin más. Fue a preparar unas bebidas y esperó.

A veces se maldecía a sí mismo porque, un hombre como él, no debería tener ni esa pequeña debilidad. Una debilidad que llevaba nombre de mujer…

CAPÍTULO VI

Wincot Adam parpadeó, sintiendo una tremenda sensación de vértigo y náuseas.

Trató de pensar con calma. Estaba adiestrado para afrontar cualquier situación, por desagradable que fuera. Sin embargo, no comprendía nada de cuanto había sucedido.

Cuando su visión se aclaró, descubrió a los dos hombres que le vigilaban. Eran dos tipos delgados, uno de ellos con cara de enfermo, ojos fulgurantes y cabellos ralos.

—¿Qué demonios…? —jadeó, forcejeando con las cuerdas que le inmovilizaban—. Se han metido ustedes en un buen lío.

—Tal vez —replicó el enfermo.

Adam logró sentarse en el suelo. Entonces contempló, estupefacto, el lugar en que se hallaba.

Era una gran nave en la que alguien había montado un sorprendente decorado. Le recordó un estudio de cine, pero construido con un realismo absoluto.

Por si algo faltara, vio también una complicada cámara fotográfica sobre un trípode. En la cámara había un extraño artefacto que identificó fácilmente, porque también a ellos les enseñaban el manejo de los rayos infrarrojos, para obtener fotos en la oscuridad.

No tenía sentido.

—¿Saben ustedes quién soy? —Gruñó.

—Claro. Wincot Adam, de la CIA. Llevó a cabo algunos trabajos en nuestro país. Puercos trabajos, Adam, como todos los de su pandilla.

—Ya veo… ¿Suramericanos?

—Usted nos conoce bien. Muchos hermanos nuestros han

muerto, y otros son torturados, gracias a ustedes.

—¿Y pretenden vengarse liquidándome a mí? El más silencioso dijo, con un inglés infame:

—Usted no es más que una rata, Adam. Matarle no nos produciría beneficio alguno. Utilizarle, sí.

—¿De qué modo?

—Lo sabrá dentro de unos minutos.

Seguía sin comprender lo que pretendían de él. Aquel decorado representando la azotea de un edificio, con sus chimeneas, sus antenas de televisión; las puertas de comunicación con las escaleras y aquella claraboya no le recordaba nada conocido.

Sin embargo, un soberbio decorador lo había construido y ahí estaba. Absurdo.

Se disponía a seguir haciendo preguntas, cuando del oscuro fondo de la gran nave se destacaron dos hombres más. Todos ellos tenían ciertos rasgos en común, rasgos que Adam identificó sin la menor dificultad.

Los recién llegados se detuvieron para examinarle con ojo crítico. Uno preguntó:

—¿Se encuentra bien, Adam?

—Podría estar peor.

—De eso aún no sabe nada… porque si imaginase lo que le aguarda se volvería loco.

—No trate de asustarme, no soy una damisela.

—Se asustará usted mismo. ¿Está todo dispuesto? —preguntó a los otros. Asintieron. El hombre tomó un largo estuche y de él extrajo un rifle.

Adam enarcó las cejas. Si se disponían a pegarle un tiro, habían complicado mucho las cosas para algo tan sencillo.

El jefe del grupo ajustó una potente mira telescópica al rifle y le mostró el conjunto.

—Infrarrojos —anunció—. De todos modos, usted ya debe haberlo advertido.

—Sí, lo mismo que el *flash* de la cámara.

—Cierto. Va a representar usted una escena. Como en el cine, ¿entiende? O la televisión. Usted será el protagonista.

—Maldito si entiendo una palabra.

—Quitadle las cuerdas.

Obedecieron, pero cuando estaba frotándose las muñecas se vio encañonado por las pistolas de aquellos individuos.

—Ahora, escuche bien. Tome el rifle, pero no se haga ilusiones. No está cargado.

—¿Y qué hago con él?

—Va a apostarse ahí, junto a ese ángulo. Apoyará el rifle en la balaustrada y apuntará como si se dispusiera a efectuar el disparo más difícil de su vida.

—Y todo eso, ¿por qué?

—Nada de preguntas.

—Supongamos que me niego.

—Puede negarse, claro, pero en ese caso nos obligará a *convencerle*. Empezaremos con los electrodos. Ya conoce usted ese jueguecito, porque lo han empleado sus discípulos, en nuestro país. Ustedes les enseñaron las partes más delicadas del cuerpo humano donde fijar cada borne, cada terminal. ¿Recuerda?

—Espere un minuto…

—Le aseguro que cuando terminemos, o cuando usted se decida a colaborar, ya no volverá a tener jamás la menor sensación viril. ¿Entiende?

—De sobra.

—Entonces, ¿qué decide?

—Dígame para qué quieren que realice esta pantomima.

—Sólo sacaremos unas fotografías.

—¿Y después?

—Usted permanecerá prisionero durante unos días… tal vez quince, pero no más de veinte. Para entonces ya no podrá perjudicarnos.

—Me parece algo demasiado sencillo, para que se hayan tomado tantas molestias.

—¿Sí o no?

El enfermo dijo, rechinando los dientes:

—Merece que le apliquemos los electrodos, Juan. Déjame hacerlo… Yo vi cómo destrozaban a Miguel, mi hermano, con ese procedimiento…

—Tranquilízate. Si accede, no será necesario. Necesitamos las fotos.

Adam vio el burbujeante odio en las pupilas del enfermizo y se

estremeció. Aquel individuo sería capaz de hacerle pedazos poco a poco y gozaría con ello.

—De acuerdo, haré ese papel —dijo, de mal talante—. Pero sea lo que sea que se traen entre manos, va a costarles muy caro.

—Eso nos preocupará en su momento. Colóquese donde le indiqué.

Con el rifle entre las manos, el agente de la CIA se apostó, arrodillado, detrás de la balaustrada. Apoyó el cañón en ella y apuntó al vacío.

El jefe del grupo examinó su posición.

—Baje más el cañón… está apuntando a la calle, no a las nubes. ¿Entiende?

Adam obedeció. Con la luz reinante, apenas distinguía nada a través del visor especial.

—Un poco más bajo… así está bien. No se mueva ahora, y concéntrese, como si realmente estuviera disparando.

El retrocedió. Detrás de la cámara ya estaba apostado el hombre que llegara con él.

—¿Cómo estás? —murmuró.

—Bien, apagad las luces.

Cayó una oscuridad casi absoluta, pero Adam sabía que continuaban vigilándole como halcones, de modo que no se movió.

Oyó el chasquido de la cámara, una y otra vez, funcionando con su luz invisible. Luego, se encendieron las lámparas y él se levantó con las piernas doloridas.

—¿Eso es todo? —Gruñó.

Le quitaron el rifle. Vio las caras hostiles que le miraban con profundo odio. El jefe le señaló, con un gesto despectivo.

—Matadle —dijo, con indiferencia.

Adam dio un respingo. Intentó protestar y ganar tiempo, pero primero uno y después los otros, empezaron a disparar cada uno una vez.

La mordedura salvaje del plomo le llenó de dolor, zarandeándole brutalmente. Cuando se desplomó al suelo, estaba muerto.

—Hay que desmontar el decorado —dijo el jefe—. Después, cuando oscurezca, nos llevaremos esta basura al solar y lo enterraremos. No lo descubrirán jamás, que es lo que interesa, de modo que manos a la obra.

Empezaron a trabajar y ni siquiera dirigieron una mirada al hombre que, convertido en una criba, se desangraba en el suelo.

Wincot Adam había representado, con todo realismo, la escena de su propia muerte.

CAPÍTULO VII

—Son unas balas muy ingeniosas, teniente —informó el sargento Otis, tan pronto Barton estuvo de regreso en su despacho. Volcó el contenido de un pequeño sobre encima de la mesa y añadió—: Aunque está aplastada puede distinguirse aún… ¿Había visto usted alguna vez una obra de arte semejante?

Ray Barton estaba cansado, soñoliento, fastidiado y con un sordo sentimiento de cólera por la muerte de Nera. Lamentaba todas las muertes violentas, pero ésa le había dolido como una cosa personal.

Se inclinó sobre aquel pedazo de metal informe. No se necesitaba ser un experto en balística para distinguir las extrañas muescas que adornaban el proyectil.

Se estremeció ante lo que veía.

—Una bala
dum-dum
—gruñó—. Ese bastardo quiere asegurarse cuando dispara…

—Es algo más que eso, teniente.

—Fabricación casera, ¿es eso lo que quiere decir?

—¡Ajá! Los peritos afirman que esta bala es de calibre semejante al 22, pero con doble longitud de las de ese calibre, utilizadas en las carabinas conocidas.

—De modo que tenemos un tirador formidable, y armado con un arma de artesanía a la que es imposible seguirle la pista. Lo que es lo mismo, un asesino profesional tan bueno como si hubiera salido del infierno.

—Ni más ni menos. He pedido ya que nos envíen los datos de cuantos matarifes profesionales haya fichados, o de los que se tenga noticia. Envié un telegrama al FBI en el mismo sentido, mientras usted, se divertía en Bay City.

Barton cabeceó.

—Está bien, Otis, aunque dudo que un elemento de esta clase esté fichado.

—Uno nunca sabe…

—¿Cuántos hombres tenemos disponibles, sargento?

—Ésta es otra. Nos falta la mitad de la gente, con toda esta historia de la visita diplomática. Me pregunto por qué diablos nos tomamos tantas molestias por un bastardo tan grande.

—Si habla de lo que imagino, debería ser usted más respetuoso con nuestros huéspedes ilustres.

El sarcasmo de la voz de Barton sonó tan cortante como el filo de un cuchillo.

—¡Ilustre; un cuerno! —bufó Otis—. A veces me gustaría que nuestra diplomacia fuera un poco más limpia, ¿sabe? Bueno, el caso es que no tendremos suficientes muchachos hasta que ese alboroto haya pasado.

—Destine a todos los que pueda a este caso, Otis. Quiero que investiguen en torno a Harry Myron, hasta descubrir todo lo posible sobre él. Un historial completo, incluyendo especialmente sus amistades, sus contactos con otras personas; si tenía amantes quiero interrogarlas. Y consiga un informe de su Banco, relativo al modo cómo ingresó tanto dinero, y en qué fechas.

—Muy bien.

Al quedar solo, Barton se echó atrás en su sillón y acarició la idea de largarse a dormir un poco. Sabía que durante las horas siguientes, la maquinaria policíaca trabajaría con la rutina de costumbre, pacientemente, de modo que él personalmente no podría hacer nada, sólo esperar el aluvión de informes y luego, con ellos en la mano, cotejarlos, sacarles el significado… Hasta entonces no podía hacer otra cosa que esperar.

De modo que se levantó, dispuesto a ir en busca de la cama.

Llegaba a la puerta cuando el teléfono sonó. Lo descolgó de un manotazo.

—Teniente Barton —gruñó.

—¡Hola, Barton! Aquí Holker, de Bay City.

—Usted tampoco duerme por lo que entiendo.

—¿Dormir? —Sonó una risita—. ¿Qué es eso?

—Olvídelo.

—Hemos adelantado un poco en lo del doctor. Va a llevarse usted una sorpresa.

—Suéltela.

—El hombre que usted mencionó, ese Myron, fue ayudante personal de
O'Brien
durante su época de forense. Trabajó con él en calidad de secretario o algo así. Tenía el título de enfermero y había trabajado, también, en el hospital.

—Ya veo… eso lo complica un poco más.

—Sobre todo, si tenemos en cuenta que renunció a su empleo en las mismas fechas en que
O'Brien
se retiró.

—Ya veo… ¿Qué sabe de la muerte de las chicas?

—Fueron asesinadas por el mismo matarife, eso es seguro. Balas especiales, disparadas por un arma también especial, una especie de juguete que dispara proyectiles
dum-dum.

—Eso me interesa, Holker. Myron fue asesinado por una de esas balas, aunque de doble longitud que un proyectil del 22. ¿Sabe si…?

—Ahí no coinciden las cosas. Esas balas que tenemos son pequeñas, más pequeñas, incluso, que las normales del 22.

—Lo que indica que ese fulano dispone de un arsenal de armas de fabricación artesanal. El maldito bastardo va a volvemos locos.

—Me parece que no habría de resultar difícil dar con un asesino de ese calibre, Barton. Debe tratarse de un tipo extraordinario.

—Y usted que lo diga. Espero que los archivos centrales del FBI nos ayuden, de lo contrario nuestro cazador podrá seguir matando hasta que se caiga de viejo. Gracias por llamarme, Holker.

—Haga usted lo mismo cuando tenga algo para mí. Y diviértase… Barton colgó, malhumorado.

Antes de ir en busca de su cama, se dirigió a los archivos. Aquél era el reino del sargento Hendicot, un hombre al que le habían salido canas en medio de los centenares de miles de fichas y legajos.

—Usted tiene una memoria de elefante, Hendicot —le espetó el teniente—. Demuéstrelo y sáqueme de un apuro.

—Ustedes siempre están en apuros. ¿De qué se trata esta vez?

—Un asesino profesional. Un tirador extraordinario como nunca tuve noticia de otro. Utiliza armas especiales, ya sabe; fabricadas para él, probablemente diseñadas por él mismo, según sus necesidades del momento. Carece de nervios, pero sobre todo, sargento, es un tirador de una precisión absoluta, increíble.

Hendicot se rascó la coronilla, perplejo. Arrugó el ceño y murmuró:

—Han habido muy buenos artistas del gatillo, teniente. Magníficos, diría yo. Pero si no tiene más datos que esos…

—Si los tuviera no estaría aquí dándole la lata. Mire, trate de pensar en sus fichas… ¿No recuerda alguien con esa habilidad?

—Así, de sopetón… Recuerdo que hubo un tipo, hace años, que podía dibujar arabescos con un arma a doscientos metros. Pero que me condene si recuerdo su nombre. Además, tengo la sensación de que murió… o lo mataron, no sé…

—Ya sabía que usted me sacaría del lío. Haga un esfuerzo, sargento…

—¿Qué demonios cree que soy, una computadora? Trabajaré con esos datos, pero no le garantizo nada. Deme tiempo.

—Lo malo es el tiempo precisamente, porque ese maldito puede volver a matar.

—Haré lo que pueda, teniente.

Disgustado, Barton abandonó el vasto recinto y se fue a dormir.

A pesar de su cansancio le costó horas sumirse en el sueño, y aun entonces se debatió en medio de constantes pesadillas, en las cuales aparecía una especie de demonio negro, sin rostro, armado de extrañas armas con las que le acribillaba una y otra vez…

CAPÍTULO VIII

Le despertó el timbre de la puerta. En los primeros instantes permaneció aturdido, tendido en la cama, aún bajo los efectos de las pesadillas.

Luego, el timbre repitió su estridente llamada. Barton metió los pies en las zapatillas y, refunfuñando, se dirigió a la puerta, abriéndola de un tirón.

Se quedó rígido, al ver a la muchacha.

—¡Hola, nena! —balbuceó.

Ella le miró acusadoramente, entró y ella misma cerró la puerta.

—Pues son unas horas estupendas para estar en la cama —le espetó, mirándole de arriba abajo—. Déjame decirte que ese pijama te sienta fatal.

—Lo siento… tuve un trabajo endiablado…

—Hay teléfonos en esta ciudad. Estuve esperándote. Luego esperé sólo tu llamada. Nada, ni la menor señal de vida por tu parte.

—Ya sabes cómo es mi trabajo. El tuyo es lo bastante parecido para que sepas cómo son estas cosas.

—Yo te hubiera llamado, por lo menos.

—Sí, ya sé…, pero maldito si pensé en nada más que en el hijo de perra que está sembrando cadáveres por todas partes.

Ella achicó los ojos.

—¿Cadáveres? —exclamó—. Eso me interesa.

—Eres como los buitres, cariño. Sólo te interesa la carroña.

—Entonces, tú debes apestar a carroña, porque estoy muy interesada por ti. Aunque eso ya lo sabes, y me pregunto si no será porque lo sabes, que apenas te echo la vista encima.

—No compliques las cosas. Estoy en baja forma esta semana.

—Se te nota.

—¿Qué tal, si preparas un poco de café mientras me doy una ducha y me visto, querida?

Ella arrojó el bolso sobre una butaca y apretándose contra él runruneó, provocándole con la mirada:

—¿Todo lo que quieres de mí es café?

—Para empezar.

—¿Y esos cadáveres? Ahí puede haber un buen artículo.

—Es pronto todavía para publicar nada…

—Deja que eso lo decida yo.

Poco a poco, la muchacha le enroscó los brazos al cuello y su boca jugueteó sobre los labios tensos del teniente.

—Prepararé café —susurró—, pero después habrás de dedicarme lo que resta de la tarde.

—Espera un minuto…

—Esperé horas y horas.

De pronto, su boca se estampó contra los labios de él, y Barton creyó que, repentinamente, habían encendido un soplete cuya llama rugiente le penetrara hasta la garganta.

Abrazó a la muchacha y se sorprendió al darse cuenta de que ya no había pesadillas, ni asesinos ni preocupaciones. Una vez más, aquella mujer realizaba el milagro de elevarse por encima de este mundo, llevándole a unas regiones donde sólo existía el placer, el amor y el olvido.

Al fin, levantándola en vilo, caminó hacia el dormitorio refunfuñando:

—Al diablo el café. Al diablo los asesinos… y al diablo los reporteros con faldas. No vuelvas a hablarme de trabajo en todo lo que queda de día.

Ella no podía hablarle ni de trabajo ni de nada, por cuanto, una vez más, sus labios estaban aprisionados en la boca de él como atrapados en un cepo de fuego…

Barton entró en el dormitorio con su ardiente carga, y de un puntapié cerró la puerta.

* * *

Laurie despertó y al ladear la cabeza descubrió al hombre que, a su lado, permanecía rígido mirando al techo.

—¿Johnny?

—Sí.

—¿No dormiste?

—No.

—Yo me dormí como una tonta.

Se desperezó voluptuosamente, su cuerpo desnudo tensándose bajo la sábana.

—Nunca conocí un hombre como tú —dijo suavemente, volviéndose hacia él—. A veces me das miedo, pero cuando haces el amor me siento la mujer más grande del mundo, como si contigo una pudiera tocar el cielo con la mano.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, es sólo que yo no sé explicarlo.

—Entonces, cierra el pico. Estoy pensando.

—¿En qué?

—No lo entenderías. Y cállate.

—Está bien, prepararé café. ¿Quieres?

—Bueno.

Saltó del lecho y, desnuda, corrió hacia la cocina con sus ágiles movimientos de gacela joven.

El la siguió distraídamente con la mirada. Algún día habría de hacer algo con esa chica, pensó. Estaba dominándole demasiado… le encendía la sangre cuando estaba a su lado, y cuando pasaba demasiado tiempo sin verla notaba un vacío en el estómago, una sensación acuciante que le empujaba hacia ella con una fuerza que no era capaz de resistir.

Eso podía resultar condenadamente malo para un tipo con su trabajo.

La oyó trastear en la cocina. La apartó de sus pensamientos y volvió a concentrarse en lo que le preocupaba:

Aquel disparo imposible. Estaba seguro de conseguirlo si el arma respondía.

Con un 30-30 no habría problema. Pero un 30-30 retumba como una pieza de artillería. No hay ningún silenciador capaz de ahogar el tremendo estampido del potente rifle.

Así que necesitaba aquella arma ligera, con una poderosa recámara capaz de soportar la presión de la enorme cantidad de pólvora sin humo que se precisaría para enviar la pesada bala *dum-dum* a una distancia de casi trescientos metros…

Era una barbaridad. Pero, también, era la única manera de cobrar los quinientos mil dólares.

Medio millón por un disparo. Se preguntó por qué aquellos aficionados habían insistido tanto en que el disparo fuera hecho desde la maldita azotea, cuando hubiera podido liquidar al tipo con mucha más facilidad dejándole elegir a él el lugar y la ocasión.

Sacudió la cabeza. No valía darle vueltas. Había que hacerlo de aquel modo, y por algo era el mejor.

La muchacha, Laurie, regresó con unas tazas de café y ambos saborearon la infusión, con deleite.

Después, de pronto, él la abrazó desnuda como estaba, y con voz ronca murmuró:

—Quizá algún día te mate porque estás apoderándote de mí…, pero ahora te necesito… te necesito…

Ella se enroscó contra él, un cuerpo vibrante y ardiente como una llama. Sintió contra su propia carne el frenesí de él y se hundió en el torbellino del placer deseando confusamente que no se extinguiera jamás…

Capítulo IX

Sobre la puerta, un rótulo maltratado advertía que aquél era el despacho del capitán Lockyer. El teniente Barton empujó la puerta y entró.

—Encontré su nota, capitán —dijo, sentándose ante la mesa.

Lockyer era un hombre cuadrado de cuerpo y de alma. Para él no existía otro mundo, fuera del formado por la policía.

—Ciertamente, Barton, quiero cambiar impresiones con usted respecto a los hombres que tiene en servicio.

—¿Qué pasa con ellos? Están trabajando muy bien.

—Ya lo sé. No es ésta la cuestión…, sino que emplea usted demasiados, en ese momento. Ya sabe cómo está la situación, de manera que habrá de prescindir de la mitad de su grupo durante tres días.

Barton contuvo su cólera.

—Eso es imposible, señor. Tenemos trabajo atrasado, y encima esos crímenes del tirador fantasma. En realidad, debería pedir refuerzos sólo para ponernos al corriente.

Su jefe meneó la cabeza con evidente disgusto.

—Lo sé tan bien como usted, teniente —gruñó—. Pero están exigiéndome más gente. Es sólo para tres días. Cuando termine la visita de ese presidente sudamericano todo habrá terminado. Ya sabe cómo son estas cosas…

—Lo único que sé es que ese individuo no vale el riesgo de uno solo de nuestros hombres —rechinó Barton entre dientes, más furioso a cada momento—. Es un maldito dictador sin conciencia que ha hundido a su país en un baño de miseria y de sangre.

Lockyer hizo una mueca.

—Eso lo sabe usted, y lo sé yo y el noventa por ciento de los

ciudadanos. Pero fundamentalmente, es el presidente de una nación amiga, con la que el Gobierno de Washington mantiene cordiales relaciones y estrechos lazos comerciales, de modo que debe ser protegido mientras esté en nuestra ciudad.

—Mire, señor, no me venga con frases. Las relaciones que nuestro gobierno mantiene con ese individuo, son exclusivamente las precisas para que las grandes compañías multinacionales puedan seguir expoliando sus recursos. Si hubiera un atentado y uno solo de mis hombres perdiera la vida… ¡Maldita sea, hombre! Yo mismo sería capaz de pegarle un tiro a ese fantoche lleno de entorchados.

—De acuerdo, ésos son sus sentimientos. Pero destine la mitad de su grupo al Departamento de Seguridad. Que se presenten al capitán Mantell.

Barton se recostó en la silla y rechinó los dientes produciendo un sonido desagradable.

—Lo haré, puesto que es una orden —dijo de mal talante—, pero si recibo una sola advertencia contra nuestra lentitud en resolver los casos pendientes, le juro que convocaré una rueda de prensa y lo mandaré todo al mismo infierno. Eso, sin contar el retraso que significará en la captura del asesino del rifle, quien puede volver a matar entretanto… mientras nuestros muchachos se dedican a proteger la vida de una sanguijuela.

—Ya basta, teniente. Ese hombre es un huésped de honor de nuestra ciudad.

Barton se levantó violentamente.

—¡Al infierno con eso! —barbotó, abandonando el despacho.

En su propia oficina examinó la lista de sus efectivos, calculando a quiénes de sus seis hombres enviaría al capitán Mantell.

El sargento Otis llamó a la puerta y entrando, anunció:

—Tenemos la respuesta del FBI, teniente. Lo malo es que no nos sirve de nada.

—¿Por qué?

—Envían tres nombres de posibles sospechosos. O podrían haber sido sospechosos, para ser exactos.

Barton tomó el informe y leyó los tres nombres y sus historiales:

BORNH SANGRAIL

PRENTICE WINCOT

Según los datos facilitados por los federales, los tres habían sido considerados como los más fríos, efectivos y mortíferos asesinos a sueldo. Los tres habían trabajado de modo independiente, sin pertenecer jamás a ninguna pandilla. Cobraban enormes sumas por su trabajo.

Partiendo de los detalles de que se disponían relativos a los últimos crímenes, cualquiera de ellos hubiera podido ser el buscado asesino, porque todos ellos demostraron, en otras ocasiones, sus dotes excepcionales para el tiro a distancia.

Sólo que tanto Sangrail como Wincot estaban en la cárcel cumpliendo largas condenas, y Halpin Myers había muerto hacía tres años.

Barton se echó atrás en el asiento, maldiciendo entre dientes.

—Compruebe esos informes con nuestros propios ficheros, sargento —rezongó—. Aunque no suele ocurrir, sería una gran cosa que los federales estuvieran equivocados y cualquiera de esos tres bastardos estuviera en activo.

—¿Incluso el muerto? —Se chanceó el sargento.

—Incluso ése. Y otra cosa, Otis…, ¿tiene algún interés en ser destinado a la vigilancia y seguridad de su amigo, el dictador sudamericano?

—¿Quién, yo? Ese fulano no estaría nada seguro conmigo cerca, teniente. Si yo descubría a un posible terrorista que se dispusiera a atentar contra él, miraría para otra parte.

—Ya imaginé que diría eso.

—Entonces, ¿por qué lo preguntó?

—Porque he recibido la orden de enviar a tres de nuestros muchachos para engrosar los efectivos de seguridad.

—Ya veo…, era lo único que nos faltaba, Otis se fue, refunfuñando.

Barton volvió a leer los informes del FBI. Estaban como al principio, intentando identificar un fantasma, alguien del que lo ignoraban todo, excepto que era un tirador fantástico y que utilizaba armas especiales.

Estaba pensando en Nera y en su trágica muerte cuando el sargento regresó con tres *dossiers* de sus propios archivos.

—Aquí tiene, teniente —anunció—. Con los nombres en la mano ha sido fácil encontrar eso. Los de Washington tienen razón. Los tres tipos están fuera de la vida activa.

—Mala suerte. Deje eso aquí y lárguese al Banco donde Harry Myron tenía sus ahorros. Quiero saber las fechas en que ingresó sus trescientos ochenta y siete mil dólares, y qué cantidades en cada ocasión.

—Muy bien.

Al quedar otra vez solo, apartó a la hermosa muchacha muerta de su pensamiento y se enfrascó en los terribles historiales de aquellos tres asesinos.

Los de quienes estaban en la cárcel no ofrecían ninguna posibilidad. Estaban entre rejas, y allí seguirían hasta cumplir sus largas condenas. Posiblemente, cuando salieran de nuevo al mundo, serían ya venerables ancianos canosos, sin energías para matar ni a una mosca.

En cuanto a Halpin Myers, el matarife muerto, también había sido una pieza de excepción. Leyó el largo historial sintiendo un leve estremecimiento ante las hazañas de aquel hombre.

Había sido acusado de multitud de asesinatos, sin que jamás pudiera probársele uno solo. No obstante, las evidencias le acusaban de tal modo que, para la policía, no habían habido dudas sobre su culpabilidad.

Luego, en su último, había dado muerte a un alto directivo de un poderoso consorcio bancario, sólo que en esta ocasión hubo un testigo y la policía decidió acabar con él de una vez por todas. Se organizó una gigantesca operación de captura.

Acosado por todas partes, acorralado como una bestia dañina, intentó huir a bordo de una avioneta de alquiler, obligando al piloto a punta de pistola a elevar el vuelo desde el aeropuerto de Bay City.

La avioneta se estrelló, apenas remontado el vuelo y los dos hombres perecieron en el accidente.

Barton notó un cosquilleo en los nervios.

Cerró los ojos y se hundió en laberínticas reflexiones, intentando ensamblar todas las piezas de cuanto conocía respecto al caso.

Cuando se enderezó estuvo unos minutos tomando notas. Luego ordenó devolver los expedientes al archivo y se fue en busca de su coche, emprendiendo de nuevo la ruta de Bay City.

Comenzaba a pensar que ese endiablado asunto había empezado en realidad en aquella población veraniega… muchos años atrás.

CAPÍTULO X

—Lo recuerdo muy bien —dijo el teniente Holker—. Yo era sargento, entonces. Vinieron reporteros de toda la nación… fue un asunto de los más sonados que hemos tenido nunca aquí.

—Supongo que el doctor
O'Brien
sería el médico forense, en aquella época.

—Sí, creo que sí. Aún no se había retirado.

—Por consiguiente, fue él quien certificó la identidad de los cadáveres del avión…

—Naturalmente. ¿Qué está zumbándole en la sesera, Barton?

—Estoy dando vueltas y vueltas a la misma cosa.

—Acabará mareándome a mí con sus vueltas y revueltas… ¿Qué imagina, que el doctor
O'Brien
certificó en falso la identidad de ese individuo?

—Pudiera ser.

—¡Pero, hombre!
O'Brien
era la honestidad personificada. Jamás nadie tuvo nada que decir de él y de sus intachables costumbres.

—Intachables costumbres, ¿eh? Teniente, me gustaría saber si la comunidad de Bay City consideraba una costumbre intachable el que
O'Brien
se divirtiera pagando a chicas para que se desnudaran. Ése era su modo de divertirse, seguramente por una impotencia sexual precoz, o algo así. ¿Sabía usted eso?

—Bueno… no, desde luego que no. Pero…

—Tampoco sabían ustedes que el doctor O’Brien había pagado veinte mil dólares para que esa pobre chica, Nera, se llevara a Myron fuera del país por una temporada.

—Eso no ha sido probado.

—Pero es la verdad. Nera no mintió. Por lo tanto, tenemos evidencias razonables de que el tal O’Brien no era tan honorable como creía la gente. Y si no lo era, pudo muy bien extender un certificado falso en el caso de Halpin Myers.

—Eso hubiera sido tanto como arriesgar toda su brillante carrera, su buen nombre, su respetabilidad…

—Eso del riesgo es muy relativo. Además, todo dependería del precio que le ofrecieran.

—Sigo sin creerlo. Usted no conoció al doctor O’Brien. Yo, sí.

—Nadie conoce plenamente a un ser humano hasta el extremo de no equivocarse al juzgarlo. Pero yo he venido con otra intención más concreta, Holker. Quiero localizar a los testigos de aquel accidente y a cuantos tuvieren alguna relación con las diligencias posteriores. También me gustaría mucho dar un vistazo al informe del doctor relativo a su identificación de los cadáveres.

Holker titubeó. Parecía estar ofendido por aquella pretensión de su colega de la gran ciudad.

—De acuerdo —rezongó—. Pero insisto en que está perdiendo el tiempo, Barton.

Una hora más tarde, éste daba por finalizado el estudio del brillante informe del que fuera médico forense de Bay City.

Según esos documentos, no cabía la menor duda de que uno de los cadáveres calcinados extraído de entre los restos de la avioneta, era el de Halpin Myers. Se habían tomado sus huellas dactilares, se había examinado su dentadura con la ficha de un dentista que le había atendido en el pasado; se habían hecho estudios de su piel e, incluso, examinado sus huesos para comprobar la huella de una fractura que sufriera en su infancia.

En consecuencia, el doctor O’Brien

había certificado la identidad de aquellos restos sin la menor sombra de duda.

En todos esos trabajos, había sido ayudado por su auxiliar, el enfermero Harry Myron, quien también firmaba como testigo.

—¿Satisfecho? —Gruñó Holker, cuando le vio apartar la carpeta amarilla, con un largo suspiro de alivio.

—Plenamente.

—Ya le dije yo que…

—O'Brien certificó en falso.

Holker dio un respingo.

—Pero, hombre, ¿no acaba de leer ese informe?

—Precisamente. Ese informe dejó a Myers fuera de este mundo; en consecuencia la policía ya no le buscó. Dieron carpetazo al asunto y él pudo vivir en paz. Seis meses después de eso, O'Brien y su ayudante se retiraron, a pesar de su relativa juventud. Ya tenían suficiente dinero, cada uno para sus específicas necesidades. Ese dinero, aparte de los ahorros que pudieran tener, fue el precio por su colaboración.

—No lo creo, Barton.

—Halpin Myers había ganado mucho dinero… Millones, si tenemos en cuenta que cobraba cien mil dólares por cada golpe, más los gastos. Más o menos conocidos, se tienen indicios de que *operó* en casi veinte atentados, casi dos millones de dólares, Holker. Pero, acorralado como estaba, no le quedaban muchas probabilidades de disfrutar de esa fortuna.

—Y sobornó al doctor O'Brien… ¡No diga tonterías!

—Un hombre en su situación, no dudaría en desprenderse de hasta la mitad de su fortuna, para poder disfrutar de la otra mitad, ante la alternativa de no disfrutar ni de un centavo, si le echaban el guante.

—Pero…

—El matasanos se retiró mucho antes de lo que era de prever. Su ayudante, también. Y ahora, ambos están muertos por un asesino

profesional… un asesino sin nervios, efectivo como el demonio… Aceptemos esta teoría, Holker, y demos un paso más.

—Todos los que quiera, pero no nos llevarán a ninguna parte porque partimos de una base falsa.

—Quizá, pero no obstante, sigamos adelante. Demos por sentado que Myers está vivo y que ha vivido todos estos años en paz, sin actuar, como un ciudadano tranquilo y respetable. ¿Por qué ha vuelto a matar, de pronto, por qué ha reaparecido precisamente ahora?

—Hablando en pura teoría, tal vez porque intentaron hacerle chantaje.

—¡Ajá! Ésa podría ser una razón. Pero ofrece sus dudas. Ni el doctor ni Myron habrían esperado tres años a sangrarle, si hubiesen querido hacerlo. Es más…, ¿cómo hubieran podido saber su paradero actual? Debió cambiar de nombre, de identidad, de residencia… ¿Cómo pudieron averiguarlo?

—Ya veo…

—Descartemos, entonces, el chantaje. ¿Por qué otra razón se decidió a matarlos justamente ahora?

—¿Y por qué mató a aquellas dos chicas?

—A Nera, porque tomaba parte en las planes de
O'Brien.
A la otra, lo ignoro. Tal vez sólo por encontrarse en la casa. Un profesional del tipo del que estamos hablando, escarmentado como está sobre los testigos, no cometerá la torpeza de dejar uno vivo a sus espaldas.

—Aceptémoslo también —concedió Holker, sin convicción alguna—. ¿Por qué ahora, precisamente, después de tanto tiempo?

—No lo sé. Pero puestos a elaborar teorías en el aire, quizá porque alguien le ofreció una fortuna por un nuevo trabajo de su especialidad. O porque necesitaba dinero, o, simplemente, por el placer de volver a tener en jaque a la policía. Podríamos seguir imaginando razones y no acabaríamos.

Holker se encogió de hombros.

—De todas ésas, yo me quedaría con la del pago. Alguien necesita un profesional de primer orden y ofrece una fortuna por un trabajo. Eso tentaría a un individuo como ése.

—Ciertamente.

—Ya hemos llegado al límite —refunfuñó Holker—. Y pensándolo bien, no tenemos nada.

—Tenemos una posibilidad. Ordenaré sacar copias de la fotografía de Halpin Myers y destinaré a cuantos hombres pueda a rastrear la ciudad y… ¡Maldita sea! —se interrumpió de pronto, furioso—. No ordenaré nada —añadió, después—. No dispongo de gente. Ni siquiera para los casos de rutina.

—¿Cómo es eso?

—Han destinado a casi todo el Departamento a los servicios de seguridad, para protección de…

Su voz se ahogó, de pronto, en un extraño falsete. Se quedó rígido, inmóvil, la mirada perdida en un punto indeterminado.

Fue una actitud tan súbita, tan sorprendente, que Holker barbotó:

—¿Qué le pasa, Barton; se encuentra usted mal?

—¡Por todos los demonios del infierno! Creo que ya lo tengo.

—¿Qué?

—El motivo de la resurrección de ese matarife…

—Explíquese, hombre.

—El dictador, ¿no lo comprende? Llega mañana y estará en Los Ángeles durante dos días. Será el hombre mejor custodiado de toda la historia de la ciudad… pero si alguien ha decidido matarle, ¿quién mejor que un formidable profesional como Myers?

—Eso no pasa de ser otra teoría sin el menor fundamento.

—No tenemos más que teorías. Si las dejamos de lado no tenemos nada, Holker, nada en absoluto. De modo que voy a trabajar a base de ellas.

—¿Sabe una cosa, querido colega? —comentó el teniente de la policía de Bay City—. Me alegro muchísimo de no pertenecer a la policía de Los Ángeles.

—Yo también me alegraría, si estuviera en su lugar. Haga algo por mí, Holker… Ocúpese de interrogar a los testigos de aquel accidente. Trate de encontrar algo que permita una duda razonable sobre la identidad del pasajero del avión. Entretanto, yo actuaré como si realmente tuviese la evidencia de que Halpin Myers está vivo.

—Lo haré en su obsequio, Barton. ¿Por dónde empezará usted en Los Ángeles?

—Quiero saber todo lo posible sobre ese ilustre elemento que nos visitará. Tal vez así consiga tener una idea acertada de quiénes desean verle muerto, aparte del noventa por ciento de los habitantes de su país, naturalmente.

—Usted sería un mal diplomático, Barton —rió su colega, con evidente sarcasmo.

—En eso tiene usted toda la razón del mundo.

Aunque sólo fuera en teoría, ahora Barton tenía algo sobre lo que trabajar, de modo que no perdió tiempo.

Minutos después de esta charla con su colega de Bay City volaba carretera adelante a bordo de su coche, con una idea fija sobre el modo de iniciar la búsqueda del asesino fantasma:

Conocer a fondo a su posible víctima.

CAPÍTULO XI

Ileana acababa de ducharse cuando sonó el timbre de la puerta.

Envolviéndose en una gran toalla de baño, caminó descalza por encima de la alfombra y rezongó:

—¿Quién es?

—Ray. Abre la puerta, por favor.

Con un respingo de sorpresa, ella le franqueó la entrada.

—¡Eso sí que es grande! —exclamó—. No tengo noticias tuyas en meses, y ahora, de pronto, en dos días apenas si puedo librarme de ti. Debes estar enfermo…

Le echó los brazos al cuello y dejó que él la besara larga y profundamente. Con todo eso, la toalla se deslizó a sus pies y, cuando lo advirtió, estaba completamente desnuda, con la piel aún húmeda de la reciente ducha.

Barton la miró a placer.

—Estoy en baja forma, cariño —se quejó—. Necesito tener las ideas claras y tú no haces más que confundirme… ¿Te molestaría vestirte, aunque sólo fuera un poco?

—Mucho. Ya que has venido, cumple con tu obligación.

—Estoy trabajando, nena.

—He oído ese cuento antes de ahora.

El la apresó por la cintura. Bajo sus grandes manos notó el leve estremecimiento de aquella piel de seda y sonrió.

—Hablo en serio —dijo—. Ésta es una visita profesional.

—¿Vienes a detenerme?

—Sólo a interrogarte.

—¡Oh, eso…! Después responderé a todas las preguntas que se te ocurran.

—Después, mi cabeza estaría como una olla de grillos. Tienes la

fatal habilidad de volverme loco, así que hablaremos primero.

—Muy bien, si es así como lo quieres, polizonte. Pero después no te quejes si cambio de idea.

—Ponte algo encima, para empezar.

Con un suspiro, la muchacha le dejó solo. Cuando regresó se había envuelto en una sugestiva bata casera, y Barton pensó que la cosa no iba a ser nada fácil. Con aquella especie de mosquitera por todo vestuario, ella resultaba mucho más insinuante y tentadora que si estuviera sin nada encima.

—Dispara, polizonte, estoy pronta al sacrificio…

—En todo caso, te sacrificaré después. Ahora, para empezar, quiero que me hagas una demostración de tus dotes de periodista. ¿Qué sabes de ese dictador que nos visitará mañana?

Ella enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Qué pasa con él? Todo el mundo sabe la clase de pájaro que es.

—Imagina que yo lo ignoro todo. Y necesito saber, así que cuéntame.

—Es una historia como tantas otras de esos países. Tomó el poder mediante un golpe militar. En contraste con otros sucesos similares, en ese levantamiento corrió mucha sangre. No fue un simple relevo. Después vino la represión. Llenó las cárceles y habilitó campos de prisioneros. Se ejecuta a la gente casi sin juicio previo. Se ha probado que su policía tortura a los sospechosos, y muchos de ellos mueren… ¿Es eso lo que te interesa? Porque si es así, puedo proporcionarte documentos que te pondrán los pelos de punta, aunque no podamos publicarlos.

—¿Qué hay de sus adversarios, de la resistencia del país a tanto crimen?

—Apenas si existe resistencia. Eliminó a todos los hombres más o menos significados que podían haberse erigido en líderes de la oposición. Según tengo entendido, sólo cinco o seis de los políticos más conspicuos lograron escapar al extranjero.

—¿Con dinero?

—No lo sé, pero toda esa gente dispone de fortunas fuera de su país. Es lo primero que hacen, curándose en salud, porque saben que en cualquier momento alguien puede decidir que ya han exprimido demasiado el limón, y que deben dejar el puesto para

que otro se llene, también, los bolsillos. Sí, seguro que disponen de dinero.

—¿Conoces los nombres de esos individuos que huyeron al extranjero?

—No…, pero eso puedo averiguarlo mediante el periódico.

—Entonces, toma el teléfono y entérate. Pregunta también si están en nuestro país.

—Y todo eso, cariño, ¿por qué, es que te han encargado de su custodia?

—Afortunadamente, no.

—¿Entonces…?

—Tengo la sospecha de que van a atentar contra el dictador mientras se encuentre en nuestra ciudad.

Ella enarcó las cejas.

—¿Y eso te preocupa?

—No por el atentado en sí. Yo también detesto a los hombres como ése. Pero si estoy en lo cierto, el caso puede estallarme en las narices en cualquier momento. ¿Quieres llamar a tu periódico y enterarte de eso, por favor?

—Lo haré…, aunque no me gustaría contribuir a salvarle la vida a ese chacal, querido. Fue al teléfono y estuvo pegada al auricular casi veinte minutos.

Barton se ocupó, entretanto, de preparar dos grandes vasos de *whisky* con hielo. Ofreció uno a la muchacha cuando ésta colgó el aparato.

—Tres de los enemigos del dictador residen en Los Ángeles. Hay muchos otros ciudadanos de este país, pero esos tres son sus adversarios indiscutidos.

—Anota sus nombres, aunque no espero que ninguno de ellos confiese haber contratado al mejor asesino profesional de todos los tiempos…

—¿Eso es lo que tú crees que han hecho?

—Sí, lo creo. Un asesino endiabladamente bueno, astuto y además inteligente, lo cual hace que sea aún más peligroso. Un hombre capaz de diseñar sus propias armas y quizá construirlas… Un tipo que con un arma de ésas hizo un disparo en una noche de lluvia y mató a un hombre a una distancia de casi doscientos metros. Y, por si faltaba algo, utilizó un tipo de arma capaz de

admitir un silenciador.

—Todo un artista, vaya.

—Y tú que lo digas. Como repita la broma con ese dictador que el diablo confunda, nos va a poner a todos en un aprieto.

Ileana vació el vaso a pequeños sorbos, su mirada brillante fija en el hombre que amaba por encima de todas las cosas de este mundo.

Cuando dejó el vaso sobre la mesita, susurró:

—Ya me interrogaste. ¿Qué tal si ahora me aplicas el tercer grado, polizonte?

—Tú debes tener un fondo de masoquista, nena.

—¡No lo sabes tú bien!

Barton sólo tuvo que inclinarse sobre ella, en el diván para sentir su cuerpo apretado al suyo, y su boca que ardía en sus labios.

Cada caricia de aquella mujer era un estallido. Cada uno de sus besos una llamarada que encendía hasta la última de las fibras de su cuerpo.

En realidad, estar en sus brazos, hacer el amor con ella, era lo mismo que alcanzar las más altas cumbres del placer y de la vida. Nadie habría deseado más.

CAPÍTULO XII

El sargento Otis entró en el despacho y por un instante pareció brillar un cierto reproche en su mirada aguda.

—Hice esa gestión en cuanto abrieron el Banco —anunció—. El tipo ingresó casi todo su dinero a lo largo de un año…, a partir de la fecha en que se retiró. Luego, no volvió a ingresar ni un centavo, aparte del cheque mensual de su reducida pensión.

—Es lo que imaginaba… Otis hizo una mueca.

—Usted debe saber algo que yo ignoro, porque en mi caso no puedo imaginar absolutamente nada. ¿Se debe eso a sus vacaciones en Bay City, teniente?

—Sargento, el sarcasmo no le llevará a ninguna parte. Estuve en Bay City y estuve también en el apartamento de una chica. Y de esas *vacaciones* obtuve mucho más de lo que podía esperar… en todos los sentidos.

—Cuando estoy cansado, soñoliento y desconcertado, suelo desquitarme con sarcasmos. Sobre todo, si llevo casi tres días sin pegar ojo y sin acostarme con mi mujer.

—¿Quién demonios le obligó a casarse?

—Mi vieja, por supuesto. Y ahora, si no le importa, quizá quiera ilustrarme sobre sus descubrimientos.

—Claro…, y apuesto que la cosa no le gustará. Eche un vistazo a esta foto. Otis la miró. Arrugó el ceño al darle la vuelta y leer unos datos en el dorso.

—Halpin Myers —murmuró—. Ese fulano era el que se mató en una avioneta…

—No se mató.

—¿Cómo?

—Por lo menos, ésa es mi idea. Y nuestra única posibilidad de

conservar el cargo. Escuche…

Le contó sus teorías al respecto, su conversación con el teniente Holker y las conclusiones a que había llegado respecto al probable atentado contra el dictador que, a esas horas, debía estar llegando al aeropuerto de Los Ángeles.

Otis le escuchó más sorprendido que incrédulo. Luego, masculló:

—¿Se propone basar todo el caso sobre ese pedestal de teorías?

—Mientras no tengamos una pista más sólida, sí.

—Teniente, ahora es cuando creo que nos jugamos el puesto a cara o cruz. ¿Se le ha ocurrido pensar que esos fanáticos del sur no trabajan de ese modo? Si quieren cometer un atentado, lo hacen ellos mismos. Han tenido muchos años de experiencia en esos trotes, con golpes y contragolpes políticos. Tan pronto son exiliados, como están en la cumbre del poder, sólo para volver al exilio. Con más dinero en los bolsillos, y algo más de experiencia, naturalmente. Y luego vuelven a empezar. Nunca he sabido que contratasen elementos extranjeros para un atentado de este tipo.

—Ya pensó en eso y no tengo respuesta alguna para aclararlo. Quizá esta vez quieren asegurar el golpe. O es demasiado difícil.

—Debe haber algo más, si realmente es como usted imagina.

—Si lo hay, sargento, me temo que no lo sabremos hasta que ocurra. Voy a cambiar impresiones con el capitán Mantell, de la Seguridad, pero entretanto, ocúpese de que saquen copias de esta fotografía y entréguelas a todos los patrulleros de la ciudad, a todos los agentes de servicio para que estén alerta. Si ven esa cara que lo encierren bajo siete llaves hasta que yo pueda ocuparme de ese fulano. ¿Entendido?

—Seguro —el sargento tomó la fotografía, y cuando llegaba a la puerta se volvió un instante y gruñó—: Tal como se presentan las cosas, teniente, no quisiera estar en su puesto por nada del mundo.

Y salió.

Barton dejó escapar un sonoro juramento.

Poco después, le informaron de que el capitán Mantell estaba en el aeropuerto, viendo las operaciones de protección del visitante extranjero. Refunfuñando, tomó su coche y se largó en su busca.

El capitán Mantell era un hombre de cabellos grises, gestos cansados y de una tenacidad legendaria. Uno de esos policías que han escalado puestos a costa de trabajo duro, tesón y sacrificio.

Todo eso había moldeado su carácter y eso se notaba al tratarlo.

—Mire, Barton —rezongó, cuando hubo escuchado la problemática teoría de éste—; si alguien quiere atentar contra el presidente habrá de hacerlo a pecho descubierto, y entonces le cazaremos. Tal como está montado el dispositivo de seguridad nadie podrá aproximarse a él sin caer convertido en una criba.

Mantell sacudió su blanca cabeza.

—Por muy extraordinario que sea, habría de mantenerse a tal distancia que no acertaría a su objetivo ni con un cañón. Por otra parte, eche un vistazo a ese coche de ahí abajo, y se dará cuenta de que es blindado. Pesa tres toneladas, de modo que un hipotético asesino habrá de descartar el intento mientras el presidente viaje.

Barton se rascó el cogote. El también comprendía la imposibilidad de semejante atentado, pero si había de atenerse a sus sospechas, en alguna parte había un asesino endiabladamente peligroso preparándose para dar el golpe.

Se oía, lejana, la música de la banda militar interpretando los himnos de las dos naciones. Un impresionante despliegue de tropas y policías tenían prácticamente ocupado el aeropuerto.

—Dentro de unos minutos, ese hombre entrará en el coche acorazado —dijo el capitán—. Viajará en él con fuerte escolta hasta el palacio del gobernador, donde asistirá a una recepción oficial. El coche le dejará en la misma puerta, y lo mismo sucederá a la salida.

—¿Y luego?

—Irá a la residencia oficial que le han asignado. Siempre escoltado, rodeado de hombres adiestrados. En su residencia estará tan seguro como dentro de una caja fuerte. Y así en todos los actos a que asista, incluida la cena en el hotel Memphis.

—¿Esta noche?

—No, mañana. Es una cena que le ofrecen los hombres de negocios vinculados, de alguna manera, con su país.

—O lo que es igual, los buitres que lo exprimen, y, de paso, llenan las arcas de ese fulano —rechinó Barton, entre dientes.

Mantell sonrió sin humor.

—Eso, a nosotros, debe tenernos sin cuidado. Me temo que está siguiendo un camino equivocado en este caso, teniente. De cualquier modo, advertiré a los hombres para que redoblen su vigilancia.

Eso fue todo lo que Barton obtuvo de esa entrevista.

Esperó hasta que desde el mirador del aeropuerto vio alejarse la comitiva oficial, con el coche blindado rodeado por una escolta de motoristas, y después él también emprendió el regreso a su despacho.

En todo el trayecto no pudo quitarse de la cabeza el espinoso asunto, y a veces se sorprendía al darse cuenta de que, a diferencia de otros casos, en éste se dejaba arrastrar por sentimientos personales, subjetivos, que le empujaban a desear enfrentarse al asesino para acribillarlo a tiros.

Hasta ese momento, nunca había deseado matar. Los delincuentes eran capturados, o abatidos a tiros si entablaban combate, pero jamás disparó contra nadie con el expreso deseo de matar.

Ahora era distinto, y se dio cuenta de que ese cambio era debido a la muerte de Nera. Aquella cabeza loca, alegre como un pájaro, no había merecido ese final.

Decidió ir en busca del sargento Otis y enmendarle la plana al capitán Mantell…

CAPÍTULO XIII

El hombre que se hacía llamar Johnny examinó el arma con gesto complacido. Junto a él, el artesano que la había fabricado gruñó:

—Es todo lo que pude hacer, partiendo de sus diseños. Pero ese cañón debería ser más largo.

—Servirá. ¿Hizo usted las pruebas que le indiqué?

—Claro.

—¿Y qué?

—Funciona a la perfección. Aunque yo no soy un buen tirador, acerté cinco de seis blancos, a una distancia de cien metros aproximadamente.

Johnny tomó los estrambóticos cartuchos y los inspeccionó uno a uno. Había sólo tres. Deberían sobrarle dos, pensó.

—Muy bien, Jobson —dijo, al fin—. Ahí está su dinero.

El otro se embolsó el fajo de billetes sin contarlos y su mirada centelleó.

—Gracias. Me gusta trabajar para usted, Johnny. Sus encargos son verdaderos desafíos al ingenio. Buena suerte, y vuelva pronto.

Johnny esbozó una sonrisa.

—En realidad, éste es un trabajo extraordinario. Yo estaba retirado, ¿sabe usted?

Metió la extraña arma en una cartera de mano después de desmontarla, esbozó un saludo y se fue.

Condujo el coche hacia las afueras. Una hora más tarde rodaba entre extensos naranjales aromáticos.

No se detuvo hasta llegar a los bosques. Para entonces, el sol declinaba y las sombras del crepúsculo sumían la arboleda en un mundo oscuro y misterioso.

El esperó aún, fumando pacientemente. Luego, cuando la noche

hubo cerrado, montó su arma y le colocó un complicado visor telescópico equipado con infrarrojos.

Enroscó el silenciador al cañón y sostuvo el artefacto en las manos habituándose a su peso, comprobando su perfecto equilibrio.

Lo dejó en el asiento del coche y caminó en línea recta cuesta abajo, hasta haber calculado una distancia de unos doscientos cincuenta metros en plena oscuridad.

Sacó un pañuelo de color gris de un bolsillo y lo clavó al tronco de un árbol, volviendo al coche sin apresurarse, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Tomó la complicada arma y buscó un lugar idóneo para el tiro. Introdujo un cartucho en la recámara. El arma era de tiro único.

Acabó tumbándose en el suelo. Apoyó el cañón en una roca y ajustó el visor despacio, con calma absoluta.

De repente, a través de él descubrió el oscilante pañuelo en la lejanía. El pañuelo que era perfectamente invisible a simple vista.

Apuntó despacio, viendo a través de la lente especial como si el objetivo estuviera a dos pasos de distancia y en pleno día.

Poco a poco contuvo la respiración y empezó a tirar suavemente del gatillo.

El arma acusó el retroceso del disparo pero no produjo el menor ruido. Nada en absoluto.

El se levantó, perfectamente dueño de sus nervios Se fue hacia donde clavara el pañuelo y antes de arrancarlo del tronco lo examinó.

Había un agujero en él. La bala lo había atravesado, hundiéndose, después, en el árbol.

Estaba satisfecho. Aunque nunca había dudado del resultado, esta comprobación final le llenaba de contento.

Regresó al coche y emprendió el camino de vuelta conduciendo con cuidado. Si había algo sobre lo que debía tener cuidado, era no atraer la atención de ningún policía, ni siquiera de un patrullero de carreteras…

* * *

Ileana se volvió de costado en el lecho y sus cabellos cosquillearon el torso desnudo de Ray Barton.

—¿Tranquilo, ahora? —susurró.

—Tú eres el mejor sedante de este mundo.

—Pero no puedo hacer que olvides tu problema.

—Eso no puedo conseguirlo ni yo mismo.

Ella se apoyó sobre un codo y le miró profundamente.

La habitación estaba a oscuras, iluminada solamente por el leve resplandor de las luces de la calle. Inclinándose sobre él, la muchacha le besó con suavidad.

—No puedes hacer más de lo que ya hiciste, Ray —murmuró—. Ahora, todo depende del capitán Mantell y de sus hombres. Pero además, te complicas la vida tú solo, porque ni siquiera sabes que sea ese atentado lo que está preparándose.

—Eso es lo malo; que sólo es una corazonada. He basado todo el maldito caso en teorías, sospechas, corazonadas, probabilidades… Casi deseo haber acertado y que el atentado se produzca. Sería como un anticlímax, si entiendes lo que quiero decir. Me convencería a mí mismo de que no soy torpe después de todo, que mis ideas eran buenas…

—Ese convencimiento tuyo significaría la muerte de un hombre. No es un pensamiento agradable, aunque la probable víctima fuese ese dictador.

El no replicó. Sentía en sus labios el aliento de aquella mujer, y en su cuerpo el contacto incitante de su piel. No era la mejor situación para reflexionar sobre temas de sangre y de muerte.

Acabó abrazándola y con un suspiro se refugió en sus caricias, en su amor, para huir de aquella siniestra pesadilla.

Era casi el alba cuando el teléfono les hizo dar un salto en la cama.

Barton lo descolgó de un zarpazo. La voz del sargento Otis sonó cansada a través del hilo:

—¿Teniente?

—¿Qué pasa?

—Hay novedades. Esos nombres que usted me facilitó…

Barton se enderezó, súbitamente alerta y despejado.

—¿Sí, sargento?

—Dos se han esfumado. Desaparecieron hace varios días. Nadie sabe su actual paradero.

—¿Y el otro?

—Está muerto.

—¿Acaso…?

—Debió perder la cabeza al advertir que la policía pretendía interrogarle y disparó. Hubo una breve batalla y el tipo encajó dos plomos en la cabeza. Estamos registrando ahora su apartamento, en Fullham Road.

—Me reuniré con usted dentro de quince minutos, Otis.

Ileana farfulló:

—Podía dejarte en paz por una noche, ¿no crees?

—Uno se acostumbra…

—¿Qué te dijeron, querido?

—¿Recuerdas los nombres que me facilitaste, los de esos exiliados? Bueno, de dos de ellos no hay ni rastro, pero el tercero perdió la chaveta y recibió a la policía a tiro limpio. Ha muerto.

—Eso parece señalar una dirección concreta en tu caso, Ray… Ese hombre no hubiera respondido a tiros si no hubiese tenido nada que ocultar.

—Eso mismo pienso yo.

Barton acabó de vestirse a toda prisa, se ciñó la funda con el revólver y, después de un rápido beso a la muchacha, abandonó su compañía como si le persiguieran.

CAPÍTULO XIV

—Nada —rezongó el sargento—. No hemos encontrado nada en absoluto.

—Mala suerte. ¿Qué son todos esos papeles? Otis se encogió de hombros.

—Cuentas, facturas canceladas, recibos… pero ningún documento, ni siquiera personal.

—¿Cheques o algo sobre cuentas bancarias?

—En absoluto.

Barton gruñó un juramento.

Se habían llevado el cadáver del suramericano y estaban solos en el sencillo apartamento.

Distraídamente, barajó los papeles que estaban sobre la mesa. Otis los había examinado antes y, en efecto, eran cuentas de varias tiendas, facturas, recibos de alquiler, listas de tintorería…

De pronto se inclinó sobre ellos y murmuró:

—Ese recibo no es del alquiler del apartamento, sargento… Revisó los demás. Aquél era único.

—Alquiler de un almacén, en los muelles —dijo pensativo—. ¿No le parece raro? El tipo alquiló un almacén por un mes, según este recibo.

—Podemos llegarnos allá y dar un vistazo.

—Muy bien.

El sol arrancaba brillantes reflejos de las aceitosas aguas del puerto, cuando detuvieron el auto frente a una gran nave cerrada.

Otis gruñó:

—No hay mucha actividad que digamos.

—Quizá se trate de un refugio provisional… Probaron, una tras otra, las tres puertas del edificio.

—Cerradas —gruñó Otis—. ¿Quiere usted entrar, teniente?

—¿A usted qué le parece?

—Bueno…

Otis eligió la más endeble. Era una puertecilla estrecha situada en la fachada posterior del gran almacén. Tomó impulso y se arrojó contra ella, con su poderoso hombro por delante.

La madera crujió y saltó hacia adentro con estrépito.

Los dos policías se colocaron en la semipenumbra de la inmensa nave, vacía y destartalada.

Miraron, intrigados, aquel abandono. Luego, el sargento señaló un montón de maderas y una balaustrada de cartón piedra.

—¿Qué le parece eso? Cualquiera diría que se trata de decorados para un teatro.

—Son decorados, realmente… Qué cosa más extraña.

—¿Sabe lo que eso me sugiere, teniente? Un estudio de cine. Quizá rodaron una película de aficionados, ya sabe esos *films amateurs*.

—Tal vez.

—¡Eh, mire eso, teniente!

Barton se inclinó sobre la gran mancha pardusca que había en el suelo. No era la primera que veía en su larga carrera.

—Sangre seca —dijo, entre dientes—. Si rodaron una película, no cabe duda que lo hicieron con mucho realismo. Tome unas muestras para el laboratorio, aunque estoy seguro de que es sangre humana. Quien fuere que la perdió, debe estar bien muerto a estas horas.

—Habría que llamar al equipo de huellas, y a los fotógrafos, Uno nunca sabe dónde saltará la sorpresa.

—Ocúpese de ello, mientras yo juego un poco con todo esto.

—¿Pretende montar otra voz ese decorado?

—No creo que haya ni una tercera parte del decorado original, pero quizá nos dé una idea de la clase de escena que representaron aquí.

No consiguió mucho en su empeño, puesto que la mayor parte del decorado había sido retirado ya. No obstante, podía advertirse que se trotaba de una azotea, con la balaustrada y unas chimeneas para romper la monotonía.

—No lo entiendo… tornarse tanto trabajo para reproducir una

azotea —dijo el sargento—. Pudieron rodar la misma escena en cualquier edificio de la ciudad y les hubiera salido más barato.

—Sargento, quizá no rodaron ninguna escena. Quizá sólo la ensayaron… ¡Maldita sea, claro que fue eso! Estuvieron ensayando la acción, eso es. Vámonos de aquí.

Salieron a escape.

Aunque Barton lo ignoraba, no era un ensayo lo que se había desarrollado en aquel decorado.

No obstante, al fin tenía algo sólido sobre lo que trabajar. Algo tangible y real. La lucha era, ahora, contra el tiempo.

* * *

Johnny miró en su torno. No dejaba nada personal en el reducido apartamento, alquilado sólo para esta operación.

Comprobó que su pequeña pistola de diseño especial estuviera bien sujeta a la funda. Luego apagó las luces, y llevando la cartera de mano consigo salió, cerrando cuidadosamente la puerta.

Anduvo sin prisas, bajo la luz de los faroles. Luego subió a su «Ford» negro y condujo con precaución por entre el denso tráfico nocturno.

Quince minutos más tarde detenía el coche en una esquina. Aquel coche no volvería a ser usado más por él, de modo que limpio con todo esmero el volante, la palanca de cambio y la portezuela; y abandonándolo definitivamente, se encaminó a su destino.

A medida que se aproximaba al área de acción, comprobó las extraordinarias medidas de seguridad establecidas por la policía.

A lo lejos vio el resplandor de las luces del hotel Memphis. Coches patrulla circulaban sin cesar, con sus radios en constante alerta. Había policías por todas partes, y un férreo cordón de seguridad en torno al propio hotel.

Johnny ni siquiera se aproximó a los policías. Caminó dando la vuelta a una esquina de casas bajas, la mayoría establecimientos de lujo.

También los dejó atrás, internándose por una zona de sombras, a espaldas de esas casas de una y dos plantas. Allí los controles de la policía eran casi inexistentes, tanto porque esa área quedaba fuera de la vista del hotel, como porque desde ella era materialmente imposible atentar contra el ilustre huésped del hotel Memphis.

Johnny atravesó la ancha calle y penetró en un edificio de oficinas. Estaba cerrado y el vigilante nocturno le miró a través de la reja, intrigado.

—¿Qué desea? —preguntó, fastidiado—. Ya estuvo aquí la policía metiendo la nariz. Ni que se hubiera declarado la guerra…

—¿Hace mucho tiempo que vinieron?

—A última hora de la tarde. Luego, se fueron. ¿Qué es lo que pasa; lo sabe usted?

—Me parece que sí.

Johnny sacó la pequeña pistola, casi de juguete, y disparó.

El vigilante dio una voltereta y cuando cayó al suelo estaba muerto. El arma no había producido ni un susurro.

Ahora, Johnny se movió con celeridad. Mediante un juego de ganzúas, abrió la reja metálica de la entrada y se coló dentro, cerrándola de nuevo.

Arrastró el cadáver del vigilante hasta el otro lado de un mostrador de recepción y, velozmente, limpió las manchas de sangre que quedaran en el suelo.

Hecho esto, se dirigió a los ascensores, rumbo a la cumbre del edificio.

La terraza era una réplica exacta del decorado montado en el almacén, aunque eso Johnny lo ignoraba.

Se deslizó hasta la balaustrada y dio un vistazo al abismo que se abría ante él. Abajo estaba la ancha calle, y al otro lado de ésta, la línea de edificios bajos.

Más allá, quedaba la explanada con los jardines del Memphis, y la entrada principal del hotel, con la calzada curva para coches y la marquesina de colores. De la marquesina hasta la calzada había una distancia como de tres o cuatro pasos.

Sonrió para sí. La cosa era endiabladamente difícil y si hubiera sido planeada por él sin duda habría resultado más favorable. No obstante, era como un desafío.

Sin prisas, montó el rifle diseñado por él. Ajustó el visor y le aplicó el potente silenciador.

Sin cargarlo, apoyó el cañón en la balaustrada y apuntó con sumo cuidado, regulando la lente telescópica.

A su mirada surgió la entrada del hotel con toda nitidez. Así vio, como si pudiera tocarlos con la mano, los policías de paisano que

montaban guardia a ambos lados de la puerta.

Satisfecho, hizo unos ajustes en el alza y volvió a tomar puntería, asegurándose de las distancias mediante el visor milimetrado.

Cuando estuvo total y absolutamente satisfecho, introdujo el cartucho en la recámara, montó el mecanismo de disparo, y dejando el arma en el suelo se dispuso a esperar.

En el hotel se celebraba la cena del dictador con los hombres de negocios que le agasajaban, recompensándole sus concesiones a su voracidad implacable.

Para Johnny, nada de eso tenía el más mínimo significado. El estaba allí para hacer un único disparo.

Un disparo imposible.

Nadie en su sano juicio pensaría, jamás, que desde esa lejana azotea se pudiera disparar contra la puerta del hotel, y menos de noche.

Abajo, como hormigas, los policías vigilaban, incluso apostados sobre los tejados de las casas bajas, desde las que sí hubiera podido cometerse un atentado.

Johnny sintió un profundo desprecio por todos ellos.

Lo único desagradable de aquella espera, pensó, era no poder fumar…

CAPÍTULO XV

Barton y el sargento se apearon del coche, allí donde la barrera policial era infranqueable. Tras mostrar su identificación, un agente de uniforme les escoltó hasta el coche del capitán Mantell, colocado de modo que pudiera salir disparado en cualquier dirección en caso de emergencia.

El capitán daba órdenes por radio, cuando los dos se detuvieron a su lado.

—¿Nada nuevo, capitán? Mantell se volvió.

—¡Oh, hola, teniente! No, todo está bajo control.

—Escuche, tango algunas ideas nuevas respecto a todo esto. Encontramos los restos de un decorado y…

La voz de la radio sonó, metálica. Mantell escuchó y luego replicó algo, después de lo cual volvió a mirar al teniente Barton.

—Mire, teniente —dijo, un tanto impaciente—. Tenemos la situación perfectamente controlada, así que no me complique la vida.

—Pero se trata de algo importante. Yo creo que realizaron un ensayo del golpe. Reprodujeron una azotea desde la que disparar contra el dictador.

—Muy bien, aquí no hay ninguna azotea lo bastante próxima como para un intento, de modo que olvídelo. Únicamente podrían intentarlo desde esos edificios bajos, y tengo a mi gente en todos ellos, así que no hay nada que temer.

Barton suspiró, impaciente.

Mantell tenía razón, de todos modos. Teniendo aquella línea de edificios controlados, más los efectivos que vigilaban a nivel de la calle por todo el gran jardín, nadie podría ni siquiera intentar un golpe de audacia.

Aún estaba pensando en todo eso, cuando por la radio una voz metálica anunció que la cena había terminado. Estaba siendo pronunciado un último discurso, por el presidente. Luego, éste saldría solo para tomar su coche blindado, y el resto de comensales lo harían unos minutos después, a fin de no interferir la labor de la policía.

Barton suspiró. Tal vez…

De pronto, descubrió la oscura mole que se alzaba más allá de las casas bajas. Era un edificio sin una sola luz; una gigantesca sombra en la noche.

—¡Capitán! —exclamó—. ¿Tiene controlado aquel edificio, también? Mantell se volvió.

—Envié a un par de hombres a inspeccionarlo, pero no valía la pena. Está demasiado lejos para que pueda inquietamos lo más mínimo.

—Unos trescientos metros… tal vez un poco más.

—¿Le parece poco, teniente?

—Capitán, si mi teoría es cierta, tenemos que enfrentarnos a un tirador excepcional, fantástico…

—¿Capaz de hacer un disparo desde allí? No sea absurdo Barton, por favor. Y ahora, déjeme trabajar en paz. Están a punto de salir.

Barton rechinó los dientes. Hizo una seña al sargento y ambos se alejaron a buen paso.

Otis rezongó:

—Hay que reconocer que el capitán tiene razón. Nadie puede ser tan loco para pretender acertar con ese disparo.

—Recuerde la muerte de Harry Myron. Vamos, daremos un vistazo usted y yo, de todos modos.

—Muy bien, pero como se equivoque también, vale más que nos olvidemos de todo el maldito asunto.

Barton casi echó a correr cuando dejó atrás el cordón policial. Llegaron ante la reja metálica de la entrada y el teniente buscó un timbre. Cuando lo encontró estuvo apretándolo hasta que le dolió el dedo.

No acudió nadie, naturalmente.

—¿Qué tal se le dan las ganzúas, sargento?

—¿Oficialmente? Jamás las utilizo, ya lo sabe usted.

—¿Y extraoficialmente, qué?

—Escuche, teniente…

—¡Abra esa condenada puerta de una vez!

Otis dio un respingo. Luego, puso manos a la obra. Cuando entraron Barton gruñó:

—Debe haber un vigilante en alguna parte. Esos edificios comerciales…

—¡Aquí, teniente!

Otis se había asomado al mostrador. Allí estaba el cadáver del vigilante. Tras los primeros momentos de estupor, Barton rugió:

—¡Aprisa, sargento!

Se precipitaron a los ascensores.

Ahora, la lucha ya no era contra el tiempo, sino contra unos segundos tan sólo…

* * *

Johnny veía la entrada del hotel a través del visor.

Vio, primero, aparecer los guardaespaldas personales del presidente suramericano. Eran tipos corpulentos, inexpresivos y brutales.

No les prestó la menor atención, concentrado en cazar a su pieza por encima de todo.

Al fin, salió el general. Llevaba un uniforme de gala con el pecho abarrotado de multitud de condecoraciones.

Por un instante, Johnny vio su cara redonda, adornada con un ridículo bigotillo; sus ojos crueles y duros y su boca firme, semejante a un tajo en mitad de la cara.

Oyó el lejano zumbido de una maquinaria en movimiento, pero todos sus sentidos estaban concentrados en su arma, en el visor, en aquel hombre que debía morir.

Comenzó a tirar del gatillo con infinita suavidad en el instante en que el general atravesaba la breve zona despejada, hacia el coche blindado.

El arma golpeó contra su hombro y él cerró un instante los ojos. La maquinaria en movimiento se detuvo. Todo fue silencio.

Cuando abrió los ojos, vio un enorme alboroto ante la entrada del hotel, con policías precipitándose hacia todas partes, mientras del interior se atropellaban los que fueran comensales del dictador muerto.

Desmontó el ingenioso rifle y estaba introduciéndolo en la cartera, cuando dos hombres irrumpieron en la azotea procedentes del interior del edificio.

Uno gritó:

—¡No se mueva, Myers!

Johnny se revolvió como una serpiente. Jamás pensó que pudieran sorprenderle allí, justamente en esos momentos.

Su mano empuñó la pequeña pistola y disparó, todo ello a velocidad de vértigo. El sargento Otis dio un grito y cayó de bruces.

Barton levantó su 38 y comenzó a disparar.

En aquellos instantes no pensó en nada. Sólo actuó, y lo hizo con todo el furor y la cólera que le dominaba.

El potente revólver tronó una y otra vez. Vio al asesino cómo giraba sobre sí mismo, encorvándose, para acabar estrellándose contra la balaustrada y caer al fin, hecho un ovillo, junto a la cartera de mano abierta.

Barton se inclinó sobre el sargento.

—¿Cómo se siente, Otis?

—¡El bastardo…!

—Preocúpese de usted. ¿Dónde le dio?

—Aquí… en el costado izquierdo.

—No se mueva. Llamaré una ambulancia y estará usted en el hospital antes de darse cuenta.

—¿Lo ha… matado?

—Sí.

—Pero él ya… ya había…

—Creo que sí.

—Bueno, por primera vez en… en mi vida, me alegra haber llegado tarde…

—No repita eso cuando le lleven al hospital, si quiere seguir siendo policía.

Seguramente no podría repetirlo. El sargento Otis soltó un quejido y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO XVI

Ileana retiró los platos y sirvió el café en grandes tazones. El teniente sorbió el suyo sin azúcar y gruñó:

—Lo necesitaba para seguir despierto. ¿Te he dicho, alguna vez que eres una excelente ama de casa?

—Nunca, que yo recuerde. Me dijiste muchas otras cosas, pero la mayoría referentes a los juegos de la cama y todo eso. ¿Es que empiezas a chochear, querido?

—Me siento viejo, linda.

—Te remontarás cuando hayas descansado. Y yo también. Han sido unas horas de locura en el periódico, sobre todo desde que se supo que el dictador estaba muerto y se recibió esa fotografía.

Barton miró la brillante cartulina. Era sólo una copia de la que se recibiera en la redacción del periódico. Otras copias más habían sido recibidas, también, en las otras redacciones.

Era la fotografía de un hombre apuntando con un rifle desde una azotea. Una azotea que él conocía bien.

—Era una buena idea —gruñó—. Si les hubiera salido bien, nuestra entrometida CIA se habría encontrado en el peor lío de toda su historia. ¡Ahí es nada! Un agente suyo, actuando como ejecutor del mismo títere que ellos ayudaron en encumbrar…

—Menudo escándalo…

Lo único que siento es la herida de Otis. Es un tipo estupendo, aunque esté casado.

—¿Tienes algo contra el matrimonio?

—Ni contra ni a favor. Simplemente, no me interesa.

—Ya veo…

—Tal vez, si esa sensación de senectud y soledad que siento ahora se agudizara… reflexionaría sobre el tema.

—En ese caso, te ayudaré a reflexionar. Acaba el café.

—Estoy hecho migas, nena, lo creas o no.

—Pobrecillo… ¡Acaba ese café; no está envenenado!

El sorbió el caliente líquido y levantándose dijo, con un largo suspiro:

—Sólo pensar que pudiera estar casado contigo me entra dentera… ¿Cómo te atreves a gritarme?

—Yo también estoy ensayando para cuando te decidas a pedirme que me case contigo. Entretanto, hagamos un ensayo, ¿sí? Un ensayo general quiero decir.

Con aparente resignación, el teniente Barton la siguió hacia el dormitorio…

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.